

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

UNA RUBIA EN APUROS

Joseph Berna



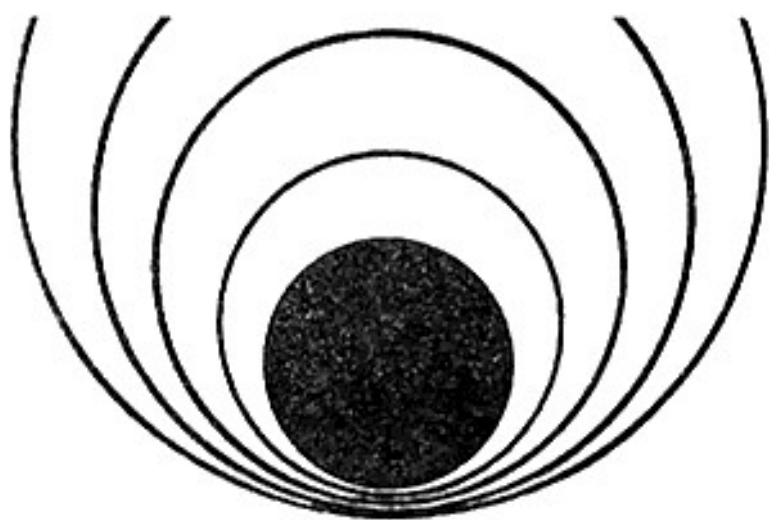
UNA RUBIA EN APUROS

JOSEPH BERNA



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.122
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.720 —El superbebé.

En Colección KANSAS:

1.323 —La dama y el farsante.

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

668 —El mejor lanzador de cuchillo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 —A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.115 —La rampa de la muerte.

En Colección CALIFORNIA:

1.406 —La bella y el salvaje.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.161-1983

Impreso en España — Printed in Spain

1a edición en España: octubre, 1983

1a edición en América: abril, 1984

Joseph Berna — 1983 texto

Pujolar — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5.

Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N152, Km 21.650)

Barcelona — 1983

CAPÍTULO PRIMERO

JENNIFER Carmody, de veinticuatro años de edad, cabellos rubios y ojos verdes, paseaba por las calles de Los Angeles. Vestía una breve falda blanca, lo que le permitía lucir sus bonitas piernas, y una blusa de tirantes, de un rojo vivo, que ceñía sus firmes senos, perfectamente moldeados.

Los zapatos, de fino tacón, combinaban con el blanco de la falda y con el rojo de la blusa. Y lo mismo sucedía con el bolso, que colgaba de su hombro derecho.

De cuando en cuando, Jennifer se detenía delante de un escaparate y observaba cuanto en él había expuesto.

Lo hizo una vez más.

En esta ocasión, sin embargo, no prestó ninguna atención a los géneros expuestos en el escaparate. Se había detenido porque tenía la sospecha de que era seguida por un tipo.

Jennifer, por el rabillo del ojo, observó al hombre que parecía seguirle los pasos. Se había parado también en la acera, a unos quince metros de donde ella se encontraba.

Se trataba de un individuo alto, fornido, de facciones duras, bastante desagradable. Vestía traje claro, camisa oscura, y llevaba una corbata excesivamente llamativa.

Jennifer se asustó.

El tipo tenía aspecto de matón.

Y ahora estaba segura de que la seguía.

Jennifer, nerviosa, echó a andar de nuevo.

El individuo movió también las piernas.

Jennifer aceleró el paso.

El tipo hizo lo propio para que no aumentara la distancia que le separaba de la muchacha.

El nerviosismo de Jennifer Carmody se acentuó, porque cada vez estaba más claro que el hombre del rostro duro le seguía los pasos.

Tenía que burlar al tipo.

Como fuera.

En ello estaba pensando, cuando vio pasar un taxi libre.

Jennifer no dudó en tomarlo.

—¡Taxi! —gritó, levantando el brazo.

El taxista la oyó y detuvo el vehículo.

Jennifer corrió hacia el taxi y se introdujo rápidamente en él.

—¡En marcha, deprisa!

—¿La persigue alguien...? —preguntó el taxista.

—¡Me temo que sí!

—¡Diablos!

El taxista puso el vehículo en movimiento sin perder un solo segundo más.

Jennifer volvió la cabeza.

El tipo que la seguía estaba visiblemente contrariado por la repentina acción de la joven. Parecía buscar otro taxi libre, pero por el momento no se veía ninguno.

Jennifer exhaló un suspiro de alivio.

—Creo que me he librado del tipo.

—¿Por qué la perseguía? —preguntó el taxista.

—No lo sé.

—¿Lo había visto antes?

—No.

—Qué raro.

—También a mí me lo parece, se lo aseguro.

—Bueno, lo importante es que le ha dado usted esquinazo.

—Tiene razón.

—¿Adónde quiere que la lleve, señorita? —preguntó el taxista.

—A mi casa. Vivo en el 802 de Claymont Avenue.

—Entendido.

Minutos después, el taxi se detenía frente al 802 de Claymont Avenue.

Jennifer pagó al taxista y descendió del vehículo, caminando rápidamente hacia el portal del edificio. Antes de penetrar en él, echó una mirada a la calle, por si el tipo del traje claro la había seguido hasta allí, en otro taxi.

No lo vio y eso la tranquilizó.

Jennifer subió a su apartamento.

Era el 32-B y se hallaba ubicado en la cuarta planta.

Apenas entrar en él se dirigió al mueble-bar y se sirvió un whisky.

Lo necesitaba, después del susto que se había llevado.

Jennifer bebió un sorbo de whisky.

Había dejado el bolso sobre la mesa del living.

Con la copa en las manos fue hacia el dormitorio.

Quería darse una ducha de agua fría.

Antes de dejar la copa sobre la mesilla de noche, Jennifer ingirió otro sorbo de whisky. Luego se dispuso a sacarse la blusa de tirantes.

Estaba ya tirando de ella hacia arriba, cuando creyó oír un leve

ruido fuera del dormitorio.

Jennifer se quedó muy quieta, con la blusa tan para arriba ya, que sus prietos senos estaban visibles, porque no llevaba sujetador. No sólo no se movía, sino que ni siquiera respiraba.

Toda ella estaba en tensión, esperando captar algún nuevo ruido.

No fue así.

El silencio, en el apartamento, era absoluto.

A pesar de ello, Jennifer desistió de despojarse de la ropa y meterse en el baño, por el momento. Antes tenía que asegurarse de que el leve ruido captado había sido sólo producto de su imaginación, así que volvió a bajarse la blusa y caminó silenciosamente hacia la puerta del dormitorio, que ella había dejado entornada.

Estaba a punto de alcanzarla, cuando la puerta se abrió de golpe.

Jennifer dio un grito, al tiempo que saltaba hacia atrás.

¡Era el tipo de la corbata chillona!

¡Estaba allí!

¡En su apartamento!

El individuo, con siniestra sonrisa, se metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una navaja de resorte, que accionó suavemente, haciendo brotar la destellante hoja de acero.

—Si vuelves a gritar, te parto el corazón con esto, rubia —amenazó.

Jennifer no gritó, pero retrocedió instintivamente.

Miraba la navaja con ojos dilatados.

Con trémula voz, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Por qué me ha seguido? ¿Qué es lo que quiere?

El tipo entró en el dormitorio y cerró la puerta, sin prisas.

—Puedes llamarme Tom, rubia. Te he seguido porque me gustas. Y cuando una mujer le gusta a un hombre, éste sólo puede desear una cosa de ella.

Jennifer sintió un profundo escalofrío.

—¿Se refiere a...?

—Por tu expresión deduzco que lo has adivinado, preciosa.

Jennifer retrocedió otro paso.

—¡No dejaré que abuse de mí!

—Si ofreces resistencia, tendré que matarte.

—¡Y si no la ofrezco, también, para que no le denuncie a la policía.

—Te equivocas, rubia. Si te muestras sumisa, no te haré ningún daño. Sólo quiero divertirme contigo. Después, me marcharé. Que me denuncies a la policía o no, me tiene sin cuidado. No darán conmigo,

por mucho que me busquen.

Jennifer guardó silencio.

El tipo, después de desnudarla con la mirada, avanzó hacia ella.

Jennifer retrocedió.

—¡No se acerque!

El violador no hizo caso, claro.

Jennifer no pudo retroceder más.

Había topado con la pared.

El tipo se detuvo a un metro escaso de ella y alargó el brazo derecho, colocando la punta de su navaja a sólo unos centímetros de la cara de la aterrorizada muchacha.

—Tienes un rostro muy bonito, ¿sabes? —dijo—. Pero quedaría muy feo si yo te lo trabajara un poco con mi navaja, porque las cicatrices no se borrarían. Y tú no querrás que eso ocurra, ¿verdad?

—No —respondió Jennifer, con un hilo de voz.

El violador alargó la otra mano y acarició los dorados cabellos de la joven.

—¿Cómo te llamas, rubia?

—Jennifer.

—Te conviene mostrarte cariñosa conmigo, Jennifer.

—¿Seguro que no me hará ningún daño, si no opongo resistencia?

—Te doy mi palabra.

—La palabra de un violador...

—No me llames así, rubia. No me gusta. Llámame Tom.

—Está bien, Tom. No ofreceré resistencia.

El tipo sonrió.

—Veo que eres una chica sensata, Jennifer —dijo, deslizando su mano hacia el busto femenino.

Le oprimió el seno derecho.

Jennifer no hizo nada por impedirlo.

El violador le acercó su fea cara para besarla en los labios.

—Tienes una boca preciosa, Jennifer.

La joven siguió callada.

Parecía resignada a todo.

Pero no.

En cuanto el tipo intentó besarla, Jennifer elevó bruscamente su rodilla derecha y se la incrustó entre los muslos al violador, pillándole de lleno lo que tenía de hombre.

El individuo bramó de dolor y se encogió, al tiempo que soltaba la navaja. Se llevó ambas manos al bajo vientre, con la cara arrugada y los ojos apretados.

Jennifer lo empujó y lo hizo caer.

Después, se disparó hacia la puerta del dormitorio.

Tenía que salir del apartamento antes de que el violador se recuperase del duro rodillazo en sus órganos masculinos, porque si volvía a atraparla, seguramente la convertiría en picadillo con su navaja.

Capítulo II

TONY Bryant le estaba dando a la máquina de escribir.

No, no era escritor.

Ni lo sería nunca, porque odiaba las máquinas de escribir.

Cada vez que tenía que hacer un informe, empezaba a maldecir entre dientes cuando metía la hoja de papel en el carro y no paraba hasta que la sacaba.

Era la faceta de su trabajo que menos le gustaba.

Tony Bryant era policía.

Un detective joven, ya que sólo contaba veintisiete años de edad.

Era alto, fuerte, tenía el pelo oscuro y las facciones correctas. Se había quitado la chaqueta, aflojado el nudo de la corbata, y doblado los puños de la camisa.

El informe que estaba redactando correspondía a su última actuación y tenía que terminarlo aquella misma tarde, porque el capitán Lowell así se lo había ordenado.

¿Lo habría hecho para fastidiarle...?

Tony pensaba que sí, porque el capitán sabía lo poco que a él le gustaba redactar los informes de sus actuaciones. Y, con gesto severo, le había dicho:

—No abandones la comisaría sin haber terminado tu informe, Bryant.

—A la orden —gruñó Tony.

—Tráemelo a mi despacho antes de marcharte.

—Sí, señor.

—Lo estaré esperando, recuérdalo.

—Descuide.

Y allí estaba Tony Bryant, tecleando sin ganas, pero sin descanso.

Bueno, de vez en cuando se veía obligado a hacer una pausa, para borrar, porque se equivocaba bastante a menudo.

—¡Maldita sea! —barbotó, dejando de teclear.

Se había vuelto a equivocar.

Y como en las ocasiones anteriores, tuvo que recurrir a la goma de borrar.

—Esto es trabajo de secretarias, no de policías —masculló, mientras borraba.

—¿Decías, Bryant...? —preguntó Jerry Dobson, otro detective, que ocupaba la mesa de enfrente.

—¡Nada!

—Me pareció que hablabas de secretarias...

—Eso parezco yo en estos momentos, una secretaria —rezongó Tony.

—¿Por qué no le dices al capitán que te ponga una? —sugirió su compañero para pincharle.

—¡Tu padre! —rugió Tony.

Jerry Dobson rompió a reír.

—¡Mi padre no te serviría, Bryant! ¡Odia las máquinas de escribir tanto como tú!

—¡Vete al diablo, Dobson!

—¡Tranquilo, muchacho!

—¿Cómo voy a estar tranquilo, si tú no me dejas en paz?

—¡Eh, que yo no tengo la culpa de que te guste tan poco redactar informes!

Tony iba a replicar, cuando se abrió la puerta del despacho del capitán Lowell y éste se asomó.

—¿Has terminado ya el informe, Bryant? —preguntó.

Tony maldijo para sus adentros.

—Lo estoy terminando, capitán.

—Bien. Ven con él, cuando acabes.

—Sí, señor.

El capitán Lowell cerró la puerta, manteniendo a duras penas su seriedad, porque adivinaba que Tony Bryant estaba que cortaba clavos con los dientes.

Tony soltó un taco.

—Encima con prisas —gruñó.

—Era el momento, Bryant —dijo Jerry Dobson.

—¿De qué?

—De decirle al capitán lo de la secretaria.

Tony le apuntó con el dedo, con gesto furioso.

—¡No me busques las cosquillas, Dobson!

—¿Qué dices de rosquillas...?

—¡Tu padre!

—Las hacía como nadie, sí, señor.

—¿Qué? —parpadeó Tony, desconcertado.

—Las rosquillas. Pero ¿cómo sabes tú que mi padre era panadero, Bryant...?

—¡No sé lo que era tu padre!

—¿Y por qué hablaste de sus deliciosas rosquillas...?

—¡Pero qué rosquillas ni qué trasero de mono! —rugió Tony, descargando un puñetazo sobre su mesa.

Jerry Dobson no pudo contener por más tiempo la risa.

—¡Me ha gustado lo del trasero de mono, Bryant!

Tony se disponía a soltar un taco muy gordo, cuando vio entrar en la comisaría a una atractiva muchacha de cabellos rubios y ojos verdes, lo que le obligó a tragarse la palabrota.

La chica era Jennifer Carmody.

Y todavía tenía el susto metido en el cuerpo.

Tony Bryant y Jerry Dobson se quedaron mirándola.

Jennifer los miró a su vez, y tras unos breves segundos de duda, fue hacia la mesa del primero.

—Quiero presentar una denuncia —dijo.

—¿Contra quién? —preguntó Tony.

—El tipo se llama Tom.

—¿Tom qué?

—Ignoro su apellido. Y hasta es posible que Tom sea un nombre falso. Pero puedo describir perfectamente a ese gusano.

—¿Por qué le llama gusano?

—Porque lo es.

—¿Qué hizo?

—Intentó violarme.

—¿Dónde?

—En mi propio apartamento.

—¿Lo invitó usted a subir?

—¿Por quién me toma? ¡El tipo se coló en mi apartamento sin que yo me diera cuenta, me sorprendió en el dormitorio, y me amenazó con una navaja de resorte! —explicó Jennifer—. Si yo ofrecía resistencia, ¡zas!

—¿Qué quiere decir «¡zas!»?

—¡Navajazo!

—Ya.

—Por suerte, no me dio ninguno.

—¿Quiere decir que no se resistió usted...?

—Eso le hice creer al tipo, que no me iba a resistir, pero cuando se disponía a besarme, ¡zas!

—¿Le dio usted el navajazo a él...?

—No, lo que le di fue un rodillazo donde más le duele a un hombre.

—Diablos.

—Tenía que librarme del tipo como fuera.

—Y lo conseguí, ¿no?

—Por el momento, sí. Pero sigo en apuros, porque ese hombre sabe dónde vivo y cómo entrar en mi apartamento sin llamar, así que puede volver cuando quiera y sorprenderme de nuevo. Necesito protección, hasta que atrapen ustedes al tipo.

Jerry Dobson intervino:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

La muchacha se volvió hacia él.

—Jennifer Carmody —respondió.

—Yo soy Jerry Dobson y puedo ocuparme de su caso. Tony Bryant tiene que acabar un informe, así que es mejor que la atienda yo, Jennifer.

Capítulo III

JERRY Dobson tenía treinta y dos años de edad, era tan alto como Tony Bryant, y aún más fornido. Sus facciones, aunque rudas, resultaban agradables. Tenía la cara simpática.

A pesar de ello, Jennifer Carmody prefería seguir tratando con Tony Bryant. Le había gustado su aspecto desde el primer momento, de ahí que se hubiera dirigido a él, cuando entró en la comisaría.

También a Tony le había gustado el físico de Jennifer desde el primer instante, pero como era cierto que tenía que acabar de redactar el informe, no pudo rebatir las palabras de Jerry Dobson.

—¿Es verdad que no puede atenderme, detective Bryant? —preguntó Jennifer.

—Tengo que terminar esto —respondió Tony, mirando con odio el informe que estaba redactando.

—¿Y le falta mucho?

—Entre diez y quince minutos.

—Puedo esperar a que acabe.

Jerry Dobson intervino de nuevo:

—Cuando acabe el informe, tiene que llevárselo al capitán Lowell y seguramente tendrá que esperar a que lo lea. Y como no esté bien, tendrá que redactarlo de nuevo. Le pueden dar las tantas en la comisaría, Jennifer.

Tony lo fulminó con la mirada.

—Eres un buen compañero, Dobson, no hay duda.

Jerry carraspeó.

—Sólo trato de evitarle una espera inútil a la chica, Bryant. Yo puedo atenderla inmediatamente. No tengo nada que hacer.

—¡Está bien, para ti!

—Venga, Jennifer —rogó Dobson.

La muchacha se acercó a la mesa de Jerry Dobson.

—Síntese y descríbame al tipo que intentó abusar de usted —pidió el detective.

Jennifer lo hizo.

Tony Bryant estaba tecleando de nuevo, decidido a terminar el maldito informe cuanto antes.

Dobson, temiendo que Bryant acabara el informe y se hiciera cargo del caso de Jennifer Carmody, apremió con los datos necesarios

para la denuncia que presentaba la joven, se la hizo firmar, y después se puso en pie, diciendo:

—Podemos irnos, Jennifer. Me ampliará usted los detalles por el camino.

La muchacha se levantó y se volvió hacia Tony Bryant, que había dejado de teclear al oír que su compañero se largaba con la atractiva Jennifer.

—Adiós, detective Bryant.

—Tenga cuidado, Jennifer —aconsejó Tony.

—¿Con el violador?

—Con su protector.

—¿Se refiere al detective Dobson...?

—Sí, es un manos largas.

—¡Bryant! —exclamó Jerry, mirándolo severamente.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso no es verdad?

—¡No!

Tony esbozó una sarcástica sonrisa.

—Intentará aprovecharse de usted, Jennifer.

Jerry, que ya había cogido su chaqueta, apuntó con el dedo a su compañero.

—¡Eres un...!

—No se frene porque Dobson sea policía, Jennifer. Cuando empiece propasarse, sacúdale. No la detendrán por eso.

Jerry, furioso, cogió del brazo a Jennifer.

—¡Te acordarás de esto, Bryant! —dijo, tirando de la joven.

—Eso, llévatela a rastras, antes de que te rechace como protector y decida esperar a que yo termine.

—¡Al diablo contigo! —ladró Dobson, y sacó de la comisaría a la desconcertada muchacha.

* * *

Jerry Dobson, antes de poner su coche en marcha, miró a Jennifer Carmody y dijo:

—No es cierto, Jennifer.

—¿El qué?

—Que yo sea un manos largas.

—¿Por qué lo dijo el detective Bryant, entonces...?

—Porque quería llevar su caso.

—¿Qué interés podía tener?

—El que suele despertar una mujer joven, bonita, y bien formada.

—Ya.

—Bryant sí que es un manos largas.

—¿De veras?

—Es un conquistador nato.

—Vaya.

—Cuando la vio entrar en la comisaría le echó el ojo enseguida.

Jennifer sonrió levemente.

—Es curioso, detective Dobson.

—¿El qué?

—Pues, que diga usted del detective Bryant lo mismo que él dijo de usted.

—Hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Que Bryant mintió y yo digo la verdad.

—Apuesto a que él diría que es usted quién miente.

—Seguro.

—¿No serán los dos igual de bribones...?

Dobson sonrió.

—Le aseguro que no, Jennifer.

—Está bien, ponga el coche en marcha.

—Está de acuerdo en que lleve yo su caso, ¿verdad?

—En principio, sí, porque el detective Bryant no puede llevarlo.

Pero si se confirman sus palabras...

—Si intento ponerle las manos encima, la autorizo a que me las corte con una cuchilla. —Precisamente tengo una en casa. La uso para picar carne.

Dobson fingió asustarse.

—¿Por qué no espera a que Bryant termine su informe?

Jennifer rió.

—¿Ya no quiere llevar mi caso, detective Dobson...?

—Lo llevaré, aunque me quede manco —respondió el policía, riendo también.

Después, puso el coche en movimiento y se dirigió hacia el 802 de Claymont Avenue.

* * *

Cuando huyó de su apartamento, Jennifer Carmody no olvidó coger el bolso. Menos mal, porque en él, aparte del dinero, llevaba la llave.

La muchacha la extrajo y se la dio a Jerry Dobson.

—Tenga, abra usted. Yo tengo miedo.

—¿Por qué? —sonrió el policía—. ¿Teme que el violador se encuentre todavía en el apartamento...?

—Es posible.

—Le apuesto lo que quiera a que no, Jennifer. Y conste que a mí me gustaría que estuviese, porque lo atraparía y se habrían acabado sus problemas.

—No se confíe, por si acaso —aconsejó la joven—. El tipo podría soltarle un navajazo, sin darle tiempo a nada, y después hacer lo propio conmigo.

—Está bien, le haré caso —dijo Dobson, llevándose la mano al cinturón.

Allí llevaba su reglamentario revólver.

Lo empuñó con la derecha y con la izquierda introdujo la llave en la cerradura, suavemente. Después, la hizo girar, también con suavidad, y la puerta se abrió. Dobson asomó la cabeza y el revólver.

Las luces del apartamento seguían encendidas, pero no se veía ni se oía a nadie.

El policía acabó de abrir la puerta y entró en el apartamento, seguido de Jennifer, que le agarró de la chaqueta de una manera instintiva.

—Tenga cuidado, por favor —rogó, con voz susurrante.

Dobson la miró por encima del hombro.

—No tenga miedo, Jennifer. Estoy seguro de que el tipo se largó, en cuanto se recuperó del rodillazo.

—Del todo tardará varios días en recuperarse, se lo garantizo, porque le aticé con unas ganas...

El policía ahogó una risita.

—Echemos un vistazo, Jennifer.

—Usted delante, detective Dobson —indicó la muchacha, sin soltarle la chaqueta.

—¿Tiene miedo de que me escape?

—¿Qué?

—Nada, olvídelo.

Dobson se adentró en el apartamento, seguido de la joven.

El violador, como cabía esperar, no se encontraba allí.

Después de registrarlo todo, el policía devolvió su arma a la funda y dijo:

—Ya puede soltarme la chaqueta, Jennifer. El tipo no está en el apartamento.

—Pero volverá.

—Puede que sí y puede que no. Si vuelve, lo cogeré.

—¿Pasaré la noche aquí, detective Dobson?

—Desde luego.

—Eso me tranquiliza.

—¿Está segura?

—Bueno, por si acaso, dormiré con la cuchilla de picar carne debajo de la almohada —respondió Jennifer, haciendo reír al policía.

Capítulo IV

HACÍA ya más de una hora que Jennifer Carmody se había acostado.

Ella y Jerry Dobson habían cenado en el living, habían tomado café, y habían conversado un buen rato. Luego, la muchacha se retiró a su dormitorio y el policía quedó en el living.

Dobson empezó a sentir sueño.

No quería dormirse, por lo que encendió un nuevo cigarrillo.

Eso le mantuvo despierto algunos minutos más, pero en cuanto aplastó la colilla en el cenicero, los párpados empezaron a cerrársele nuevamente.

El policía se había despojado de la chaqueta y se había aflojado la corbata, para sentirse más cómodo. Estuvo tentado de echarse en el sofá y utilizar su chaqueta, doblada, como almohada, pero no lo hizo.

Si se tumbaba, tardaría muy poco en quedarse profundamente dormido.

Era mejor continuar sentado y apoyar la cabeza en el respaldo del sofá. Así, como mucho, descabezaría un sueño ligero, que se rompería si se producía el más leve ruido. Eso, al menos, pensaba Dobson.

Descansó la cabeza en la parte superior del respaldo, y enseguida se quedó dormido. Tan dormido, que transcurrió casi una hora sin que se despertara.

De pronto, se escuchó un leve ruido en la cerradura de la puerta.

Alguien pretendía entrar en el apartamento.

Jerry Dobson, desgraciadamente; estaba demasiado dormido y no oyó el leve ruido. Segundos después, la puerta se abrió silenciosamente y un hombre se colaba en el apartamento, sigiloso como una sombra. Y eso que tenía problemas para mover las piernas con normalidad.

Los problemas lógicos de alguien que ha recibido un duro y certero rodillazo en sus atributos masculinos.

Se trataba, efectivamente, del violador.

Había vuelto.

Y eso que sabía que Jennifer no estaba sola.

La había visto subir a su apartamento acompañada de un hombre.

Y adivinaba que se trataba de un policía.

Ello, sin embargo, no le había hecho desistir. Solamente le había obligado a tomar otra clase de precauciones, como la de entrar en el

apartamento esgrimiendo una pistola.

Una «38».

El tipo cerró suavemente la puerta y avanzó hacia el living, ahogando sus pisadas. Había visto a Jerry Dobson, sentado en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, la boca entreabierta... El policía seguía dormido.

Y el violador no le dio tiempo a que se despertara. Le atizó con la pistola, en la cabeza, muy duro. Dobson se venció hacia su derecha y cayó sobre el sofá, quedando inmóvil. Había perdido el conocimiento y tardaría bastante en recuperarlo, porque el golpe había sido tremendo.

Tan fuerte le había atizado el violador, que el policía tenía una profunda herida en la cabeza, por la que sangraba profundamente.

El tipo sonrió.

Había eliminado el principal obstáculo que tenía para llegar hasta la bella Jennifer.

Podía decirse que la muchacha estaba a su merced. Como por la tarde.

Y esta vez no se dejaría sorprender por ella.

Ahora ya sabía cómo las gastaba Jennifer Carmody.

Y ella sabría cómo las gastaba él.

¡Vaya si lo sabría!

* * *

De haber sospechado que iba a verse nuevamente en apuros, Jennifer Carmody no habría podido conciliar tan fácilmente el sueño.

Confiaba en el detective Dobson.

No era un manos largas, como asegurara el detective Bryant.

Si lo fuera, hubiera intentado algo mientras charlaban en el living, sentados en el sofá, muy cerca el uno del otro.

Y nada intentó, a pesar de que, debido a la brevedad de su falda, Jennifer exhibía generosamente sus preciosas piernas, que eran una tentación difícil de resistir.

Sin embargo, Jerry Dobson se limitó a mirárselas de vez en cuando, y siempre con disimulo. Las manos, en todo momento, las tuvo muy quietas.

¿Sería por miedo a la cuchilla de picar carne...?

Jennifer sabía que no.

Por eso se había acostado tan tranquila.

Estaba segura de que el detective Dobson no se aprovecharía de su sueño para conseguir algo de ella. Y no dudaba, tampoco, de que el policía atraparía al violador, si éste se atrevía a volver por su

apartamento.

En lo primero había acertado, porque lo de aprovecharse de su sueño para conseguir algo de ella ni siquiera había pasado por la imaginación de Jerry Dobson.

En lo segundo, sin embargo...

El violador había penetrado en el apartamento y el detective Dobson no sólo no lo había podido atrapar, sino que había sido inutilizado por él.

No podría defender a Jennifer.

Y falta le iba a hacer a la muchacha que alguien la defendiera, porque el violador estaba abriendo ya la puerta de su dormitorio, lenta y silenciosamente.

Jennifer dormía de lado y se cubría con la sábana hasta un poco más arriba de la cintura. Se había puesto un camisón amarillo, de fina gasa, que apenas velaba su cuerpo.

Sobre una silla, descansaban su blusa de tirantes, su falda, y un sucinto pantaloncito rosa.

El violador se coló en la habitación y cerró la puerta. Desde allí, observó a Jennifer.

Podía verla perfectamente, porque la muchacha no había apagado la lámpara de su mesilla de noche. No era preciso, ya que proyectaba una luz suave que no molestaba en absoluto.

El tipo descorrió los labios, en fría sonrisa.

Después, se acercó a la cama, cogió la sábana, y la bajó de golpe.

Eso hizo que Jennifer se despertara.

Al ver al violador en su dormitorio, tan cerca de ella, apuntándola con una pistola, creyó morir de espanto. Era tal su terror, que ni se acordó de que se hallaba en camisón, tan corto y tan transparente, que era como estar prácticamente desnuda.

No gritó.

Ni se movió.

Se limitó a temblar, porque se temía lo peor.

El tipo, después de observarla de la cabeza a los pies, con ojos lujuriosos, dijo:

—Hola, rubia.

Jennifer movió sus trémulos labios.

—¿Qué ha sido de...? —preguntó, casi sin voz.

—¿Te refieres al policía encargado de protegerte?

—Sí.

—Se había quedado dormido en el sofá. Y tardará en despertarse, porque le aticé duro con esto —informó el violador, levantando un instante su arma.

Jennifer se vio irremisiblemente perdida.

—¿Por qué ha vuelto, Tom?

—Por dos motivos, preciosa. El primero, que me sigues gustando y todavía no he conseguido nada de ti, excepto un terrible rodillazo en los genitales. Ese es el segundo motivo. Tengo que vengarme, ¿sabes?

—¿Piensa... matarme?

—No, no creo que acabe contigo.

—¿Por qué me amenaza con una pistola, entonces?

—Por si intentas escapar, rubia. Esta vez no lo vas a conseguir. Si tratas de escabullirte, no dudaré en apretar el gatillo y no vivirás para contarlo.

—No quiero morir, Tom.

—Entonces, haz lo que yo te diga.

—Sí.

—Y sin trucos, ¿eh?

—Descuide.

—Levántate de la cama —ordenó el tipo.

—¿Que me levante?

—Eso he dicho.

—Pensé que iba a acostarse usted conmigo, Tom.

—No puedo hacerlo, por el momento. Y tú sabes por qué.

—El rodillazo, ¿no?

—Sí, no estoy en condiciones de hacer el amor —gruñó el tipo—. Ni siquiera de excitarme contemplando las formas de una mujer hermosa, así que salta de la cama y vístete con rapidez.

—¿Qué me vista...?

—Te voy a llevar conmigo, rubia.

—¿Adónde?

—Ya lo sabrás cuando lleguemos.

Jennifer no hizo más preguntas.

La decisión del tipo, por el momento, la beneficiaba, ya que se retrasaba lo que ella tanto temía. Que la violara y luego la marcara con su navaja, como venganza por el rodillazo recibido en sus órganos masculinos.

Lo de sacarla del apartamento le daba tiempo.

Un tiempo que ella debía aprovechar para escapar, a pesar de la amenaza del violador de dispararle si lo intentaba.

Jennifer estaba decidida a intentarlo.

Y con esa idea se levantó de la cama.

Capítulo V

EL violador retrocedió dos pasos, sin dejar de apuntar a Jennifer Carmody con su «38». —Fuera el camisón, rápido —apremió.

—¿Le importaría darse la vuelta, Tom? —preguntó la muchacha, con ironía.

—Para que me atices en todo el coco con la lámpara de la mesilla de noche, ¿no?

—No se me había ocurrido.

—Me engañaste una vez, rubia, pero no me engañarás dos.

—Bueno, si no quiere darse la vuelta usted, me la daré yo. ¿O me va a obligar a que me quite el camisón mirándolo de frente...?

—No, prefiero que me des la espalda —gruñó el tipo—, Ya me darás lo demás cuando no me duelan ciertas cosas.

—Entendido —sonrió Jennifer, y se dio la vuelta.

Se despojó del camisoncito amarillo, con movimientos lentos y sensuales. La lentitud era para ganar todo el tiempo posible; la sensualidad, para excitar al violador y que su dolor se agudizara.

Jennifer quedó en pantaloncitos.

Eran de gasa amarilla, como el camisón, igualmente breves y transparentes.

Jennifer miró por encima del hombro al tipo, sorprendiéndolo con la vista fija en su hermoso trasero, apenas velado por el pantaloncito.

—¿Me quito esto también, Tom...? —preguntó, con maliciosa sonrisa.

El violador alzó la mirada.

—Me estás resultando una zorra, rubia —masculló, con un rictus de sufrimiento, porque, efectivamente, su dolor se estaba agudizando.

—Me limito a preguntar, Tom.

—Ponte la blusa y la falda, deprisa. Estás perdiendo mucho tiempo.

—Muy bien.

Jennifer se vistió, pero sin prisas, y después se puso los zapatos.

Cuando los cogió, pensó en arrojarle uno a la cara al violador, pero le pareció demasiado arriesgado y decidió esperar una oportunidad mejor.

—Estoy lista, Tom —dijo, una vez colocados los zapatos.

—Sal delante de mí, rubia —indicó el tipo.

Jennifer obedeció.

Cuando salió del dormitorio y miró hacia el living, se quedó parada.

—Dios mío... —musitó, estremecida, al ver la gran mancha de sangre que se había formado en el sofá, justo debajo de la cabeza del detective Dobson.

El violador le puso la mano en la espalda y empujó.

—Camina, rubia.

—¡El policía está muerto! —exclamó Jennifer.

—No, sólo está inconsciente.

—¡Tiene la cabeza rota!

—Es sólo una brecha, no temas.

—¡Ha perdido mucha sangre!

—Le queda mucha más de la que ha perdido, tranquilízate.

—¿Por qué le golpeó tan fuerte, Tom...?

—Se me fue la mano, Vamos, muévete —apremió el tipo, empujándola de nuevo.

—¡Un momento! —rogó Jennifer, volviéndose.

—¿Qué te pasa?

—Quiero coger mi bolso.

—Olvidalo.

—¡Lo necesito!

—¡He dicho que no!

—¡Por favor, Tom! ¡Sin el bolso me siento desnuda!

—¿Qué llevas en él?

—Nada que le pueda preocupar. Regístrelo, si quiere.

El tipo, tras unos segundos de vacilación, accedió:

—Está bien, puedes cogerlo.

—Gracias, Tom.

Jennifer fue hacia donde descansaba su bolso, lo cogió, y se lo colgó del hombro.

—¿Te sientes ahora vestida? —preguntó el violador, con ironía.

—Sí.

—Vámonos, pues.

Jennifer caminó hacia la puerta, seguida de cerca por el tipo.

—¿Vamos a salir del apartamento así? —preguntó la muchacha, volviendo un instante la cabeza.

—¿Cómo?

—Apuntándome usted con su pistola.

—Sí.

—¿Y si nos ve alguien...?

—A estas horas es bastante improbable. Todo el mundo está durmiendo.

—Por si acaso, le aconsejo que guarde su arma.

—Eso quisieras tú, para poder escaparte otra vez. Echarías a correr enseguida.

—Seguro que usted corre más rápido que yo, Tom.

—En condiciones normales, sí. Pero esta noche, por culpa del rodillazo en los...

—No es necesario que lo diga —carraspeó Jennifer.

—Vamos, abre la puerta —ordenó el violador.

Jennifer obedeció y salió del apartamento.

El tipo salió tras ella, cerrando la puerta.

—¿Escaleras o ascensor? —preguntó la muchacha.

—También me duelen cuando bajo escalones —gruñó el violador.

—Ascensor, entonces —sonrió Jennifer, y fue hacia la puerta del mismo.

Pulsó el botón de llamada.

Segundos después, el ascensor llegaba a la cuarta planta.

Jennifer abrió la puerta y se introdujo en el artefacto mecánico con el bolso preparado, porque pensaba utilizarlo.

Y lo utilizó.

Se giró como un rayo y le arreó un bolsazo en toda la cara al violador, machacándole la boca y la nariz.

El tipo aulló y se llevó ambas manos al rostro, por la que su arma, por un instante, apuntó hacia el techo del corredor.

Jennifer aprovechó esos segundos para cerrar de golpe la puerta del ascensor y pulsar el botón de bajada.

El ingenio mecánico empezó a descender.

El violador reaccionó, pero tarde.

Cuando quiso abrir la puerta del ascensor, éste ya se iba para abajo. Y la puerta, claro, no se abrió.

El tipo maldijo a viva voz, mientras la sangre fluía de su nariz y de sus labios partidos, como consecuencia del terrible bolsazo.

No tendría más remedio que bajar por las escaleras, lo cual, aparte de doloroso, dado su estado, sería lento.

No podría alcanzar a Jennifer.

El ascensor llegaría abajo mucho antes y la muchacha se esfumaría, como la otra vez.

¡Se la había jugado de nuevo!

Tony Bryant se despertó al oír sonar el timbre de su apartamento.

Cuando encendió la lámpara de la mesilla de noche y miró la hora que marcaba su despertador, no pudo reprimir una maldición.

¡Eran las dos de la madrugada!

¿Quién demonios se atrevía a sacarle de la cama a aquellas horas...?

Terriblemente furioso por haber visto interrumpido su sueño, se levantó y salió del dormitorio, sin molestarse en ponerse la bata y las zapatillas.

Iba en pantalón de pijama— Y así abrió.

Lo hizo con cara de muy pocos amigos, pero su expresión cambió al instante, reflejando solamente sorpresa.

—Jennifer...

—Hola, detective Bryant —sonrió ligeramente la muchacha.

—¿Qué diablos hace aquí...?

—Tenía que hablar con usted.

—¿Quién le dijo dónde vivía?

—Telefoné a la comisaría y allí me informaron.

—¿Sabe qué hora es, Jennifer?

—Sí.

—Me ha sacado de la cama.

—A mí también me sacaron.

—¿Quién?

—El gusano de Tom.

—¿El violador...?

Jennifer asintió con la cabeza y explicó:

—El tipo volvió, detective Bryant. Y me las hizo pasar canutas.

—¿Y Dobson...?

—Se había quedado dormido y no oyó entrar al violador, que le atizó en la cabeza, con una pistola, y lo dejó fuera de combate.

—¿No era una navaja de resorte lo que el tipo llevaba...?

—Por lo visto lleva de todo.

—¿Y qué pasó, Jennifer? ¿Abusó el tipo de usted...?

—No estaba en condiciones.

—¿Qué?

—Por el rodillazo que le aticé esta tarde en... Bueno, ya sabe dónde.

—Entiendo —tosió Tony.

—Por el camino le contaré cómo me libré por según da vez del tipo, detective Bryant.

—Me visto en un minuto, Jennifer.

—Vale.

Capítulo VI

EL coche de Tony Bryant rodaba ya por las calles de Los Angeles, en dirección a Claymont Avenue.

Mientras el policía conducía, Jennifer Carmody le refirió lo sucedido con todo detalle. —Es usted una chica valiente, Jennifer —dijo Tony.

—Cuando una persona se ve en apuros...

—No todas reaccionan con valentía. Y tampoco con serenidad, que es aún más importante. Usted supo actuar en el momento justo, fríamente, sin precipitación. Por eso pudo librarse del violador. Y por dos veces, para desesperación del tipo, que se debe de estar tirando de los pelos.

—Que se tire de donde quiera.

Tony rió y siguió manejando el volante.

Poco después, llegaban al 802 de Claymont Avenue.

El coche de Jerry Dobson continuaba estacionado frente al edificio, lo que demostraba que el infortunado policía seguía arriba, en el apartamento de Jennifer Carmody, inconsciente.

Tony detuvo su coche y se llevó la mano al cinturón, empuñando su arma reglamentaria. Antes de descender del vehículo, observó la calle.

—¿Teme que el violador siga por aquí, detective Bryant? —preguntó Jennifer.

—Es posible.

—Sería el colmo de la constancia.

—Si lo ha intentado dos veces, puede intentarlo tres.

—Esperemos que a la tercera no sea la vencida —murmuró la joven.

Tony sonrió.

—Tranquilícese, Jennifer. Estando yo con usted, no corre ningún peligro.

—¿En ningún sentido?

—¿Qué quiere decir?

—El detective Dobson asegura que el manos largas es usted.

—¿Eso dijo?

—Sí. Y añadió que es un conquistador nato.

—¡Qué más quisiera yo!

—¿No lo es?

—No me como una rosca, se lo aseguro.

—¿Por qué lo diría el detective Dobson, entonces?

—Para ponerla en guardia contra mí.

—Usted también me puso en guardia contra él, detective Bryant.

—Porque conozco bien a Dobson. En cuanto ve unas piernas bonitas...

—Conmigo no intentó nada.

—Porque estaba prevenida. Si yo no la hubiera puesto en guardia...

Jennifer sonrió.

—Será mejor que subamos, detective Bryant. Hay que atender al detective Dobson. —Saldré yo primero —dijo Tony, y descendió del vehículo, con el revólver en la diestra.

No pasó nada.

—Puede salir, Jennifer.

La muchacha se apeó con precaución.

Tony la cogió del brazo.

—Entremos en el portal, rápido.

Se introdujeron con prontitud en el edificio, se metieron en el ascensor y subieron a la cuarta planta. Siempre con el revólver en la diestra, Tony entró en el apartamento de Jennifer, seguido de ésta.

Jerry Dobson, efectivamente, seguía en el sofá, sin conocimiento.

Antes de ocuparse de él, Tony echó un vistazo al apartamento, para asegurarse de que el violador no se encontraba oculto en él.

El tipo, como ya suponía el policía, se había largado.

Tony devolvió su arma a la funda y observó la herida que su compañero tenía en la cabeza, que había dejado de sangrar hacía rato.

—¿Tiene botiquín, Jennifer? —preguntó.

—Sí.

—Tráigalo, por favor.

—Enseguida.

—Y un paño mojado, para limpiarle la cara.

—Bien.

Jennifer fue en busca del botiquín y del paño, regresando poco después.

Tony atendió la herida de Jerry, ocupándose Jennifer de eliminar la sangre que manchaba su cara y su cuello.

Justo cuando la cura estaba terminando, Jerry abrió los ojos.

—Bryant... —murmuró, al ver a su compañero.

—¿Cómo te sientes, Dobson?

—Como si un caballo me hubiera pisoteado la cabeza.

—Tienes una herida profunda.

—¿Qué pasó?

Tony se lo explicó en pocas palabras.

Jerry se maldijo a sí mismo.

—Soy una nulidad —rezongó.

—No digas aso.

—Es la verdad, Bryant.

—Eres un buen policía, Dobson.

—Un buen policía no se habría quedado dormido.

—Hubiera podido pasarle a cualquiera.

—No, no trates de disculparme, Bryant. Tenía la misión de proteger a Jennifer, y no supe hacerlo. El tipo volvió, me sorprendió, y atrapó a Jennifer, que tuvo que librarse del violador por su cuenta y riesgo. El tipo pudo haberla matado. O violado, de hallarse en condiciones. Y yo hubiera sido el responsable.

—No te mortifiques, Dobson. Todos nos descuidamos alguna vez y cometemos errores. Lo importante es que Jennifer está bien. No le pasó nada. Y tú sólo tienes una herida en la cabeza.

—No me lo perdonaré jamás.

Jennifer intervino:

—Olvídelo, detective Dobson, se lo ruego. Al fin y al cabo, yo sólo me llevé un susto. El tipo no me tocó.

—Porque no podía, no porque yo se lo impidiera.

—Deje ya de atormentarse, por favor. Lo que tiene que hacer, es marcharse a casa, acostarse, y descansar. El detective Bryant cuidará de mí.

—Lo hará mejor que yo, seguro —rezongó Jerry—, Aunque sea un manos largas.

—Si intenta propasarse, recurriré a la cuchilla de picar carne —bromeó Jennifer.

Jerry sonrió levemente.

—Le aconsejo que la tenga a mano, Jennifer. Le va a hacer falta.

Tony le mostró el puño derecho a su compañero.

—Si no estuvieras herido...

—Pero lo estoy, así que baja ese puño y ayúdame a levantarme —pidió Jerry.

Tony lo hizo.

Jennifer colaboró, cogiéndolo del otro brazo.

Al ponerse en pie, Jerry sufrió un ligero mareo.

—Te sientes débil, ¿verdad? —adivinó Tony.

—Un poco.

—Te llevaré en mi coche.
—No, tú debes quedarte con Jennifer. El tipo puede volver.
—No te preocupes por Jennifer. Vendrá con nosotros.
—Te agradezco, Bryant, pero no es necesario. Puedo llegar solo a casa perfectamente.
—¿Estás seguro?
—Sí. Dame la chaqueta, ¿quieres?
Tony la cogió y la ayudó a ponérsela.
Segundos después, Jerry Dobson abandonaba el apartamento.

* * *

Tony Bryant se había despojado de la chaqueta, en el living, y se estaba aflojando el nudo de la corbata, mientras Jennifer Carmody limpiaba el asiento del sofá, eliminando la gran mancha de sangre que Jerry Dobson había causado con su herida.

—Sírvase algo de beber, detective Bryant —sugirió la muchacha.
—¿No le parece demasiado largo?
Jennifer, que se hallaba de espalda al policía, se volvió.
—¿El qué?
—Lo de detective Bryant.
—¿Quiere que suprima lo de «detective»?
—Y que cambie Bryant por Tony. Es mi nombre de pila.
—Lo sé.
—Bien, me serviré un trago. Pero corto, porque los policías no podemos beber cuando estamos de servicio.
—También lo sé.
—¿Le preparo otro trago a usted, Jennifer, o prefiere irse a dormir?
—Antes tomaré una copa con usted, Tony.
—Bien. Siga con la mancha, que yo me ocupo de las copas.
—De acuerdo.

Tony se acercó al mueble-bar, cogió la botella de whisky, y preparó las copas.

Mientras escanciaba el licor, miró a Jennifer, que seguía de espaldas a él, inclinada sobre el sofá. Ello, unido a la brevedad de la falda, obligaba a la muchacha a realizar una descarada exhibición de piernas.

De piernas... y de lo que viene después, según se sube.

Y como seguía llevando el pantaloncito de gasa amarilla que hacía juego con el camión, el pícaro y tan transparente él. Tony Bryant se vio obligado a carraspear.

—¿Termina con lo de la mancha, Jennifer?

—Sí, ya casi está eliminada. Apenas se ve nada.

—Yo veo mucho.

Jennifer se irguió y volvió la cabeza.

—¿Cómo dice...?

—Ya veo menos —tosió el policía.

La muchacha entrecerró el ojo izquierdo.

—Me estaba mirando las piernas, ¿eh? —adivinó.

—No pude evitarlo.

—¿A qué va a tener razón el detective Dobson?

—Por favor, que me he limitado a mirar.

—Bueno, si no es un manos largas, sí es un ojos largos.

Tony rió y se acercó con las copas.

—Brindemos, Jennifer.

—¿Por qué?

—Por las piernas más bonitas que he visto jamás.

—¿Las mías?

—Las tuyas.

—Me siento muy halagada.

—Yo prefiero sentarme en el sofá.

—¿Qué?

—¿No ha pillado el chiste? Me siento... sentarme...

—¡Ahora caigo! —exclamó Jennifer, riendo.

Se sentaron en el sofá, dejando libre la zona del asiento que Jennifer había limpiado, porque todavía estaba húmeda. Ello, naturalmente, los obligó a sentarse muy juntos. Cadera contra cadera, prácticamente.

—Tiene usted un gran sentido del humor. Tony.

—Usted tiene otras cosas, Jennifer.

—¿Está pensando de nuevo en mis piernas...?

—Y en todo lo demás.

—Tendré que ir por la cuchilla de picar carne, pues.

—Tranquila, no la va a necesitar.

—Si la hubiera tenido a mano cuando me sorprendió el violador...

Tony se puso serio.

—He estado pensando, Jennifer.

—¿En qué?

—En el tipo. Lo de la navaja de resorte, es normal en esa clase de individuos, pero que llevara también un revólver...

—Es raro en un violador, ¿verdad?

—Sí, resulta extraño. Y me hace sospechar que ese individuo no es un vulgar violador, sino un matón enviado por alguien que desea que usted se vea en apuros, Jennifer —confesó el policía.

Capítulo VII

LAS palabras de Tony Bryant causaron un gran efecto en Jennifer Carmody.

—¿Que alguien desea que yo...? —murmuró la muchacha, con ojos agrandados. —Relátame con detalle su primer encuentro con ese individuo, Jennifer —pidió el policía—. Quiero saber todo lo que hizo y todo lo que dijo el tipo.

—De acuerdo.

Tony escuchó atentamente el relato de Jennifer, que arrancó desde el momento en que la joven empezó a sospechar que era seguida por un hombre, y terminó cuando ella huyó de su apartamento, después de haberle soltado el rodillazo entre los muslos al tipo. El policía se mesó el cabello.

—Mis sospechas se confirman, Jennifer.

—¿De veras?

—Cuando usted tomó el taxi, despistó al individuo, porque él no encontró ninguno en ese momento. Sin embargo, a los pocos minutos de haber llegado usted a su apartamento, el tipo estaba aquí. Aunque hubiera encontrado un taxi libre y hubiese seguido al que usted tomó, el tipo, que no la conocía a usted de nada y ni siquiera sabía su nombre, puesto que se lo preguntó en el dormitorio, cuando la sorprendió, no habría podido saber que su apartamento era el 32-B. Sin embargo, lo sabía. Y creo que sabía también su nombre, antes de preguntárselo. Y su dirección. De todo ello le informó la persona que lo contrató para que la pusiera a usted en apuros. Por eso no tuvo la menor dificultad para llegar hasta aquí, cuando usted tomó el taxi y lo burló.

—Pero ¿quién puede desear que yo...?

—Eso me corresponde averiguarlo a mí, Jennifer. Para empezar, dígame a qué se dedica usted.

—En este momento, a nada.

—¿Cómo que a nada? ¿Es que pasa de renta...?

—Qué más quisiera yo. Tengo que trabajar para poder vivir, como casi todo el mundo. Lo que sucede es que actualmente estoy sin empleo, porque dejé el que tenía un par de semanas y todavía no he encontrado otro.

—¿De qué trabajaba?

—Era secretaria.

—¿De quién?

—De un tal Norman Gray, director-gerente de una empresa de cosméticos.

—¿Y por qué dejó el empleo...? ¿Le pagaba poco ese Norman Gray?

—No, me pagaba bien. Demasiado bien, diría yo. Y tal vez por eso se creía con derecho a tomarse ciertas libertades conmigo.

—¿Se refiere a...?

—Toqueteos de muslos, palmadas en el trasero, pellizcos... Todo eso, ya sabe.

—Eso sí que era un manos largas —dijo Tony, sonriendo.

—Al principio, no. Era muy respetuoso conmigo —aseguró Jennifer, que acababa de tomar un sorbo de whisky—. Luego, poco a poco, empezaron los piropos, las frases insinuantes, y llegaron los toqueteos. De nada sirvió que yo me pusiera seria. El señor Gray se mostraba cada vez más audaz, sin duda creyendo que yo fingía enfadarme para conseguir aún mejor sueldo. Le amenacé con dejar el empleo si no cambiaba de actitud. Y como no cambió, me marche.

—¿Cuántos años tiene Norman Gray?

—Ha cumplido ya los cuarenta.

—¿Soltero o casado?

—Casado. Con un camello, según tengo entendido.

Tony puso unos ojos como platos.

—¿Con un camello, ha dicho...?

Jennifer no pudo contener la risa.

—Que su esposa es fea como un camello, quise decir —aclaró.

—¡Diablos! —rió también el policía—. Entonces no me extraña que se encaprichara de usted, Jennifer.

—Ni a mí. Pero debió dejar sus manos quietas, cuando vio que yo no era una de esas secretarias que se lo consiente todo al jefe, para tenerlo contento y beneficiarse de ello.

—¿Le propuso hacer el amor?

—Numerosas veces. Pero yo siempre le respondía que no, claro.

—Ya tenemos un sospechoso, pues —dijo Tony.

Jennifer respingó.

—¿Norman Gray...?

—Sí, él pudo haber contratado al tipo que la puso en apuros por dos veces.

—¿Para que me violara...?

—Para eso, para que le desfigurara un poco la cara con su navaja, para que le diera una paliza, o simplemente para que la asustara.

Aunque si Norman Gray desea vengarse de usted, por haberle rechazado y haber dejado el empleo, lo de asustarla me parece poco. Querrá que el tipo la lastime. Que la humille. Que la haga sufrir, física y moralmente. Y la violación, aparte de reunir todo eso, justificaría la intervención del individuo contratado por él, caso de que Norman Gray le haya prohibido que la mate a usted, Jennifer. Si le ordenó que la dejara con vida, debía suponer que usted acudiría a la policía, cuando el tipo la dejara. De ahí que el individuo fingiera ser un vulgar violador, en vez de confesar que le habían encargado ultrajarla y maltratarla.

Jennifer movió la cabeza.

—Sinceramente, no creo a Norman Gray capaz de una canallada semejante, Tony. Es un hombre con dinero, puede conseguir todas las chicas bonitas que quiera.

—A usted no pudo conseguirla, Jennifer.

—¿Y ése es motivo suficiente como para contratar a un matón y ordenarle que me destroce física y moralmente...?

—Depende del carácter del hombre que se ha visto rechazado una y otra vez por la mujer que le gusta. Hay quien no lo soporta, porque se siente muy herido en su orgullo, y...

—Creo que se equivoca al sospechar de Norman Gray. Tony.

—Bueno, busquemos más sospechosos. Aunque yo lo dejaría para después de haber hablado con Norman Gray.

—¿Piensa hablar con él...?

—Sí, iré a verle por la mañana. Y usted me acompañará, naturalmente. No puedo dejarla sola.

—Será muy violento para mí. Tony.

—Lo comprendo, pero la entrevista es necesaria. Por la forma en que reaccione Norman Gray, sabré si él contrató al matón o si es inocente. Los culpables suelen ponerse muy nerviosos cuando son interrogados por la policía.

Jennifer asintió con la cabeza.

—Está bien. Tony. Iremos a ver a Norman Gray.

El policía consultó su reloj.

—Son más de las tres, Jennifer. Creo que debería acostarse.

—¿No se dormirá, si lo dejo solo?

—No, puede estar tranquila. Había dormido ya algunas horas, cuando usted me despertó. De todos modos, no creo que el tipo vuelva por aquí esta noche. Sería muy arriesgado para él, y me consta que el fulano lo sabe.

—Por si acaso, no se confíe. No quisiera que le ocurriese lo mismo que al detective Dobson. Entre otras cosas, porque yo me vería nuevamente en apuros.

—Le repito que puede acostarse tranquila, Jennifer.

—¿En todos los sentidos...?

—Ya estamos otra vez —rezongó el policía.

Jennifer rió.

—No se enfade, hombre. Lo he dicho en broma.

—¿Seguro?

—Me ha demostrado usted que no es un manos largas, Tony. Ni siquiera me ha rozado las piernas con ellas, a pesar de lo cerca que las tiene.

—Y de lo mucho que me gustan —dijo Bryant, mirándoselas.

—Me voy a la cama antes de que empiece a acariciármelas.

—Será lo mejor, porque hay tentaciones muy difíciles de resistir.

Jennifer se puso en pie y dejó su copa sobre la mesa.

—Buenas noches, Tony.

El policía se irguió también, como por cortesía.

—Mi madre me las daba con un beso.

—¿Qué?

—Las buenas noches.

—¡Pero yo no soy su madre. Tony! —exclamó la muchacha, riendo.

—No es mi madre, pero es ya una amiga. ¿O no...?

—Desde luego que soy su amiga.

—Entonces, deme el beso. Será una especie de premio por haber vencido la tentación que sus preciosas piernas suponían.

—¿Se conformará con eso?

—Le doy mi palabra.

—Está bien —accedió Jennifer, y le besó en los labios, dulcemente.

Tony le pasó los brazos por la cintura y la estrechó contra sí, al tiempo que le devolvía el beso, con más ardor.

Jennifer no protestó, pero, cuando el policía separó su boca de la de ella, lo miró a los ojos y dijo:

—Me engañó. Tony.

—¿Yo?

—Dijo que no se comía una rosca.

—Y es verdad.

—Besando como usted besa, necesariamente se tiene que comer panes enteros.

El policía rió.

—Eso ha tenido gracia, Jennifer.

—Suélteme, Tony, que no quiero que se me coma a mí también.

Bryant obedeció, diciendo:

—No le daré el más leve mordisquito mientras usted no me autorice.

—Ya le avisaré, cuando desee que me hingue el diente —respondió Jennifer, con pícaro gesto, y se introdujo en el dormitorio, cerrando la puerta.

Capítulo VIII

TONY Bryant se había sentado de nuevo en el sofá.

Pese a haber dormido algunas horas, antes de que Jennifer Carmody se personara en su apartamento para informarle de lo sucedido, el policía no tardó mucho en notar que los párpados le pesaban.

Empezaban a sentir sueño.

Para no quedarse dormido, se levantó y comenzó a pasear por el living, procurando no hacer ningún ruido, para no despertar a Jennifer.

Tony se fumó un cigarrillo, mientras paseaba silenciosamente.

Después, volvió a sentarse en el sofá.

El paseo le había quitado el sueño, aunque sólo momentáneamente.

Cuando volvió a notar que los párpados se le cerraban, dio otro paseo por el living y se fumó un nuevo cigarrillo.

Tony estaba prácticamente convencido de que el matón no volvería por el apartamento de Jennifer aquella noche, pero, por si acaso, no pensaba dormir ni siquiera cinco minutos.

No podía olvidar lo que le había pasado a Jerry Dobson, por haberse quedado dormido. Vencido de nuevo el sueño, Tony volvió a sentarse en el sofá.

Miró su reloj.

Eran las cuatro.

—Qué lento transcurre el tiempo, cuando uno quiere que transcurra deprisa —rezongó, y se cruzó de brazos, echando seguidamente la cabeza hacia atrás, para descansarla en la parte superior del respaldo del sofá.

Llevaba unos cinco minutos así, cuando su ágil oído detectó un leve ruido en la cerradura de la puerta del apartamento.

Tony levantó la cabeza y se tensó como una cuerda de guitarra.

¡Era el tipo!

¡Había vuelto!

¡Era el colmo de la tenacidad!

El primer pensamiento de Tony fue empuñar su revólver y ocultarse para sorprender al individuo cuando penetrara en el apartamento. Pero, como adivinaba que el tipo entraría esgrimiendo

su arma de fuego, cambió de idea.

Quería evitar el tiroteo, que sin duda se produciría si le daba el alto al fulano, porque éste no se entregaría. El tipo dispararía y trataría de huir, si se veía sorprendido.

Tony decidió fingir que se había quedado dormido, como antes le ocurriera a Jerry Dobson. Apoyó de nuevo la cabeza en el respaldo, cerró los ojos, y entreabrió la boca.

El tipo, cuando le viese así, se aproximaría silenciosamente para atizarle un fuerte golpe en la cabeza, con su pistola, y dejarlo fuera de combate, como hiciera con Dobson.

Ese sería el momento de atacar al fulano.

Estaría confiado y no sería difícil sorprenderle.

Tony aguardó, con los nervios en tensión, aunque no se le notaba, ya que parecía totalmente relajado, como si estuviera dormido de verdad.

La puerta del apartamento se estaba abriendo ya.

Lentamente.

Sin el menor ruido.

Una cabeza se asomó por el hueco.

Y una mano, empuñando una pistola.

Una «38».

La del tipo que parecía empeñado en violar a Jennifer Carmody.

El individuo, que tenía la nariz y los labios hinchados, como consecuencia del tremendo bolsazo que le arreara la muchacha en toda la cara, descubrió al policía, sentado en el sofá del living, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados...

Pensó que estaba dormido y se coló silenciosamente en el apartamento.

Cerró la puerta, con mucha suavidad, y avanzó hacia el living, con el revólver por delante.

Tony no se movió.

Veía al tipo, porque no tenía los ojos totalmente cerrados, aunque pareciese que sí.

El sujeto alcanzó el living, se detuvo junto al sofá, y levantó el brazo derecho para descargar su arma sobre la cabeza del aparentemente dormido policía.

No llegó a hacerlo, porque Tony brincó del sofá como propulsado por un poderoso muelle y lo derribó violentamente.

El tipo escupió una maldición, furioso por haberse dejado engañar por el policía. No obstante, como no había perdido su arma en la caída, se dijo que aún tenía posibilidades de deshacerse de él y atrapar de nuevo a Jennifer Carmody.

Los dos hombres lucharon furiosamente en el suelo, el matón

tratando de recuperar la libertad de su brazo derecho, férreamente sujeto por la mano izquierda del policía, y éste pugnando por desarmar al tipo y reducirlo a golpes.

* * *

El ruido de la pelea despertó a Jennifer Carmody. Irguió el torso con brusquedad y, adivinando que el violador había vuelto, exclamó:

—¡Ya está otra vez aquí!

Después apartó la sábana de golpe y saltó de la cama.

Corrió hacia la puerta, en camisón.

No podía perder tiempo enfundándose la bata.

Le urgía saber si Tony Bryant llevaba las de ganar en la pelea, o si era el matón quien tenía más posibilidades de resultar vencedor en la lucha.

Jennifer abrió la puerta y salió del dormitorio.

Vio al policía y al violador, dando vueltas por el suelo, golpeándose mutuamente.

El tipo seguía empuñando su pistola.

Tony aún no había podido desarmarle, pero no le permitía hacer uso del revólver.

Por fin, el policía consiguió que el tipo soltara su arma.

El fulano intentó recuperarla enseguida, pero Tony la envió lejos de un manotazo. Jennifer corrió hacia el revólver del individuo y se apoderó de él.

—¡Tengo la pistola del tipo, Tony! —exclamó.

El policía, que no había visto salir a la muchacha del dormitorio, se volvió hacia ella y se distrajo un momento.

La culpa de su distracción la tuvo el breve camisoncito de Jennifer.

Su transparencia, más bien.

Se vislumbraba todo.

Tony pagó cara su distracción, ya que el tipo la aprovechó para estrellarle el puño en la sien izquierda y dejarlo medio atontado.

El individuo se irguió con rapidez, quedando el policía tendido en el suelo.

Jennifer se aterró.

—¡No se mueva, Tom! —gritó, apuntándole con el revólver, que sujetaba con ambas manos—, ¡Si da un solo paso, disparo!

El tipo vio que el arma temblaba en las manos de la muchacha y pensó que, aunque apretara el gatillo, la bala no le alcanzaría, así que corrió hacia ella.

—¡Suelta esa pistola, rubia!

Jennifer accionó el gatillo.

El sujeto se detuvo en el acto y se llevó las manos al pecho, porque allí había recibido el balazo.

—¡Maldita! —rugió, mirándola con intenso odio.

—¡Le dije que no se moviera, Tom! —recordó Jennifer, más temblorosa aún que antes.

El tipo, a pesar del balazo, dio un paso hacia ella.

—¡Te voy a...!

Jennifer apretó de nuevo el gatillo.

El individuo recibió esta segunda bala en el estómago, se le doblaron las piernas, y cayó al suelo, quedando tendido de bruces, inmóvil.

Capítulo IX

TONY Bryant sacudió la cabeza, para despejarse, y se incorporó con alguna dificultad. El puñetazo que recibiera en la sien había sido muy duro y acusaba todavía sus efectos.

Vio al tipo, echado de bruces en el suelo, sobre un charco de sangre, muy quieto. Vio, también, a Jennifer Carmody, con la pistola del individuo en las manos.

Estaba pálida.

Y temblaba como una hoja.

Al ver que el policía se ponía en pie, la muchacha gritó:

—¡Creo que lo he matado, Tony!

—Tranquilízate —rogó Bryant, tuteándola por primera vez.

—¡Le he disparado dos veces! ¡Y le di las dos!

—Cálmate, por favor.

—¡Compruébalo, Tony! —pidió Jennifer, tuteándole también.

El policía se acercó al fulano y le tocó el cuello.

Su carótida no latía.

El tipo era ya cadáver.

Tony se irguió lentamente.

—Ha muerto, Jennifer.

La muchacha ahogó un gemido.

—¡Sabía que me lo había cargado, estaba segura! —exclamó, soltando bruscamente el revólver, como si de pronto le hubiese quemado las manos.

El policía fue hacia ella.

—Serénate, Jennifer.

—¡He matado a un hombre!

—A un gusano, tú misma lo dijiste.

—¡No deja de ser horrible, Tony! —sollozó la joven, echándose en sus brazos.

Bryant la estrechó cálidamente y sintió muchas cosas, porque era como abrazarla desnuda. Carraspeó y dijo:

—Tenías que haberte quedado en el dormitorio, Jennifer.

—Salí porque oí ruidos de pelea.

—¿Y por qué no te pusiste una bata?

—¿Qué?

—Si te la hubieras puesto, el tipo no me habría cazado en la sien.

—No te entiendo, Tony.

—Me distraje contemplándote y él se aprovechó.

—¿Es que no habías visto nunca una mujer en camión?

—Tan breve y tan transparente, pocas veces.

—Ya me estás engañando otra vez. Tú tienes que haber visto muchas mujeres, vestidas, en camión, y sin nada.

—Tan tentadoras como tú, jamás.

—Después de una frase así, viene muy bien un beso.

—Con el permiso del muerto —dijo el policía, y la besó en los labios, con muchas ganas.

Jennifer se estremeció al oír lo del muerto, porque recordó que lo había matado ella, pero Tony se lo hizo olvidar, al besarla de aquella manera tan apasionada.

Cuando separaron sus bocas, la muchacha dijo:

—Sigo pensando que tú te comes los panes enteros, no roscas sueltas.

—¿Quieres que te coma a ti?

—Todavía no.

—Entonces, vuelve a tu habitación y ponte una bata. Si continuas en camión, no respondo de lo que puedan hacer mis dientes.

—De acuerdo —sonrió Jennifer, separándose del policía y pegándose una carrerita hacia la puerta del dormitorio.

Tony esperó a que se introdujera en su habitación y después se ocupó del muerto. Lo puso boca arriba y le registró los bolsillos, tanto de la chaqueta como del pantalón.

Lo primero que encontró fue la navaja de resorte.

También encontró un juego completo de ganzúas.

Al revisar su billetera, pudo saber que el tipo se llamaba realmente Tom; Tom Acker. Y que llevaba bastante dinero en ella. Varios miles de dólares.

Esto último vino a conformar las sospechas del policía.

Tom Acker no era un vulgar violador, sino algo mucho más serio, y había sido contratado para amargarle la vida a Jennifer Carmody. Por eso había vuelto por tercera vez al apartamento de la muchacha, aun sabiendo que ésta contaba con la protección de la policía.

Le habían pagado para hacer un trabajo, y el tipo quería cumplirlo.

Desgraciadamente, Tom Acker no llevaba nada encima que revelase el nombre de la persona que lo había contratado. Ni siquiera que diese una pista.

¿Sería Norman Gray...?

Jennifer pensaba que no, pero Tony opinaba que sí.
Cuando hablase con él, lo sabría.

* * *

Tony Bryant había avisado ya, para que viniesen a retirar el cadáver de Tom Acker. Sentada junto al policía, Jennifer Carmody fumaba nerviosamente un cigarrillo.

La muchacha no podía apartar los ojos del muerto.

Del hombre que ella había matado.

Era un mal tipo, desde luego, pero...

Tony, que también había encendido un cigarrillo, le pasó el brazo por los hombros, ahora cubiertos por la bata, como todo lo demás.

—Deja de pensar en el muerto, ¿quieres?

—No puedo. Tony.

—Ya vienen por él.

—Estoy deseando que se lo lleven. Pero seguiré pensando en él aunque no lo vea, estoy segura. Y hasta tendré pesadillas.

—Te prohíbo que las tengas, Jennifer.

—Yo jamás había disparado contra nadie, Tony. Y la primera vez que lo hago, mato a un hombre.

—El tipo se lo merecía. Lo habían contratado para violarte. Y quizá para marcarte la cara con su navaja, también.

La joven se estremeció.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Lo hago porque ya no corres peligro. El tipo ha muerto, no volverá a ponerte en apuros.

—La persona que lo contrató puede enviar a otro.

—La descubriremos antes, no te preocupes.

Jennifer lo miró.

—¿Sigues sospechando de Norman Gray?

—Sí, tengo la corazonada de que él contrató a Tom Acker. Le pagaron bien, y Norman Gran tiene dinero, tú misma lo dijiste.

—No me entra en la cabeza que se pueda pagar tanto dinero por vengarse del rechazo de una mujer.

—Pues hay quien lo hace, te lo aseguro.

—Si realmente es cosa de Norma Gray, habrá que pensar que está loco.

—Pensemos un poco en nosotros, ¿quieres?

—Bueno —sonrió Jennifer, y le ofreció los labios.

Tony la besó.

Y todavía estaban con las bocas unidas, cuando sonó el timbre del

apartamento.

Los que venían por el muerto, habían llegado ya.

* * *

El cadáver de Tom Acker había sido retirado, pero Jennifer Carmody seguía nerviosa y sin demasiado color en las mejillas.

—Creo que debes volver a la cama. Jennifer —dijo Tony Bryant.

—No sé si podré dormir.

—Inténtalo. Yo también pienso dormir unas horas, en el sofá. Pocas, desde luego, porque ya casi está amaneciendo.

—Tienes razón.

—Vamos, hay que aprovechar el poco tiempo que queda —dijo el policía, llevándola hacia el dormitorio.

Jennifer lo miró.

—¿En qué sentido has dicho eso?

—En el mejor de todos, desconfiada.

—Cómo me llevas al dormitorio...

—No pienso pasar de la puerta, te lo aseguro.

—¿Y si yo te lo pidiera...?

—¿Qué?

—¿Te acostarías conmigo?

—Con los ojos cerrados.

—Pocas cosas verías, así —bromeó Jennifer, con maliciosa sonrisa.

El policía rió.

—Ya las vi casi todas, antes.

Como habían alcanzado la puerta, Jennifer entró en su habitación y dijo:

—Lo pensaré, Tony.

—¿El qué?

—Lo de hacer el amor contigo.

—No estás decidida, ¿eh?

—No, aún tengo que despejar algunas dudas.

—Por si te sirve de algo, te diré que tú no serías una rosca más, Jennifer.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—En ese caso, tus palabras me sirven de mucho.

—Piensa en ellas. Jennifer.

—Lo haré, descuida —respondió la muchacha, y le besó tiernamente en los labios, antes de cerrar la puerta de su habitación.

Capítulo X

NORMAN Gray se quitó el cigarro de la boca y pulsó el dictáfono.

—¿Susie...?

—¿Sí, señor Gray...?

—Ven a mi despacho.

—Enseguida, señor Gray.

El director-gerente de la empresa de cosméticos retiró la mano del dictáfono y volvió a ponerse el puro entre los dientes, al tiempo que se dejaba caer hacia atrás, descansando la espalda y la cabeza en el respaldo de su magnífico sillón giratorio.

Había franqueado ya la barrera de los cuarenta, tal y como Jennifer Carmody le dijera a Tony Bryant, y era de mediana estatura, algo metido en carnes, y cabeza redonda como una sandía. Tenía las cejas pobladas, la nariz chata, las mejillas coloradas, y los labios gruesos.

No era un hombre atractivo, ni mucho menos, pero como vestía con elegancia y tenía siempre la billetera llena, Norman Gray se consideraba un cuarentón interesante, capaz de conseguirlo todo de cualquier mujer si él se empeñaba en ello.

Y de hecho lo conseguía.

Sólo había tenido un fracaso: Jennifer Carmody.

Era una espina que Norman Gray tenía clavada, y todavía le dolía, porque la cosa estaba reciente aún. Lo había intentado todo con Jennifer, y muy poco había conseguido.

Norman estaba soltando una gran bocanada de humo, cuando la puerta de su amplio y moderno despacho se abrió, dando paso a Susie Neal, su nueva secretaria, una morenita de sólo veintidós años, rostro agraciado, y cuerpo magnífico.

La chica vestía una falda muy corta, para poder exhibir sus torneadas piernas, y una liviana blusa, que permitía vislumbrar, si uno agudizaba la vista, los erectos pezones que coronaban sus redondos senos, así como sus oscuras aureolas.

Norman clavó sus ojos en la delgada blusa de su secretaria, y como de vista estaba muy bien, vislumbró lo que había debajo.

—Susie, niña, estás cómo quieres... —murmuró.

La morenita llenó sus pulmones de aire, para que sus desarrollados senos se destacaran aún más.

—¿Por qué me llama niña, señor Gray...? —preguntó, con pícaro sonrisa—. Soy ya toda una mujer.

—Evidentemente —asintió Norman—, Una mujer tan mujer, que tu blusa reventará como sigas sometiéndola a tan terrible presión.

La secretaria rió y soltó un poco de aire.

—¡Qué cosas tiene usted, señor Gray!

—Las que tienes tú me gustan más. Estás tan rica, que cada vez que te veo siento deseos de ponerme una servilleta.

La chica volvió a reír.

—¡Qué chistoso ha venido esta mañana, señor Gray!

—Pues salí de casa muy triste, te lo aseguro.

—¿Y eso...?

—Mi mujer.

—¿Qué le pasa a su mujer, señor Gray...?

—Que no mejora.

—¿Está enferma...?

—Lo que está es cada día más fea.

—¿De veras? —preguntó la secretaria, reprimiendo la risa.

—Con decirte que no puedo llevarla al zoológico...

—¿Por qué?

—¡Luego no la dejan salir!

Susie Neal rompió a reír.

—¡Me está tomando el pelo, señor Gray!

—¡No, lo que digo es cierto! —rió también Norman—. Lo único que le falta a mi esposa, para parecer un camello, son las jorobas.

—¡Me niego a creerlo!

—Es la verdad, Susie. Mi mujer es fea como una maldición. Por eso me siento triste en casa y alegre aquí, en mi despacho, cada vez que tú entras en él, moviéndote con esa gracia y ese salero...

—No crea que lo hago deliberadamente, señor Gray. Siempre camino igual.

—Lo sé.

—¿Para qué me llamó, señor Gray?

—Quiero que eches un vistazo a esto —dijo Norman, señalando unos papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Qué son?

—Facturas.

—¿Me las llevo?

—Antes tengo que hacerte un par de indicaciones. Rodea la mesa, Susie. Así podrás verlo mejor.

—Muy bien.

La morenita rodeó la mesa, por la derecha de Norman Gray, y se

colocó junto a éste.

—Usted dirá, señor Gray.

Norman deslizó su mano por las piernas de su secretaria, con suavidad y hacia arriba, acariciando las caras posteriores de sus muslos, hasta rozar lo que viene después.

La morenita lo miró.

—¿Qué hace, señor Gray...?

—Acaricio tus hermosas piernas.

—Si su esposa nos sorprendiera...

—Sentiría envidia de ti, porque ella tiene patas.

La secretaria soltó una carcajada.

—¡Eso es otra broma, señor Gray!

—¿Y esto qué es...?

—¡Mi trasero!

Norman se lo apretó con ganas.

—¡Qué hallazgo!

—¡Señor Gray, por favor!

—¿Me dejas que te levante la falda y le eche una miradita...?

—¡No!

—Te subiré el sueldo, si me gusta lo que veo.

—¿Cuánto?

—Cien dólares al mes.

—¡Vale! —aceptó la secretaria, y ella misma se subió la faldita, mostrando descaradamente su tentadora grupa, escasamente cubierta por un fino pantaloncito de nylon blanco.

Norman sintió deseos de aplaudir.

—¡Esto es un pandero, y no lo que tocaba yo cuando era pequeño! —exclamó.

La secretaria rió de nuevo.

—¡Es usted tremendo, señor Gray!

—¡Yo lo soy, pero tú lo estás!

—¿Aumento concedido, entonces...?

—¡Y con carácter retroactivo! —respondió Norman.

—¡Qué jefe tan generoso!

—¡Pues aún puedo serlo más, si tú quieres!

—¿Qué me está proponiendo ahora, señor Gray...?

—¿Que te abras la blusa y me enseñes tus pechos!

—¿Por cuánto más al mes?

—¡Otros cien dólares!

—¡Abriendo, que es gerundio! —exclamó la secretaria, riendo y empezó a desabotonarse la fina blusa.

En ese preciso instante, llamaron a la puerta.

La morenita se quedó quieta.

—Me temo que tendremos que dejarlo para después, señor Gray.

—¡Maldita sea! —barbotó Norman, contrariado por la inoportuna llamada.

La secretaria, segura de haber encontrado un filón en el director-gerente de la empresa de cosméticos, sonrió sensualmente y le acarició el rostro.

—No se preocupe, señor Gray. Por cien dólares de aumento, yo le enseño lo que quiera. Norman suavizó la expresión.

—Eres una chica estupenda, Susie. Anda, abre la puerta. Luego seguiremos.

—Sí, señor.

La secretaria rodeó la mesa y caminó hacia la puerta, moviendo con arte sus pronunciadas caderas. Cuando abrió, vio a una pareja joven.

Eran Tony Bryant y Jennifer Carmody.

* * *

Susie Neal se fijó especialmente en el detective Bryant, porque le gustó su físico. El policía, naturalmente, observó a su vez a la sustituta de Jennifer Carmody, porque valía la pena.

Jennifer observó también a la atractiva morenita, pero por otro motivo. El hecho de que llevara un par de botones de la blusa desabrochados, unido a la tardanza de la chica en abrir, le hizo sospechar que Norman Gray se había estado divirtiendo con ella.

Adivinó, también, que era la nueva secretaria del manos largas de Norman, y sintió pena por ella. Ganaría mucho dinero, pero tendría que consentírsele todo a Norman Gray. Susie, sin apartar los ojos del apuesto Tony, preguntó:

—¿Desean ver al señor Gray...?

—Así es —respondió el policía.

—¿Su nombre?

—Tony Bryant.

—¿Y el suyo...? —la secretaria miró a Jennifer.

Esta vaciló.

Tony, adivinando el nerviosismo de la joven, habló por ella:

—Se llama Jennifer Carmody, y hasta hace dos semanas era la secretaria del señor Gray. Susie se llevó una buena sorpresa.

Pero, para sorpresa grande, la que se llevó Norman.

Dio tal respingo al oír a Tony, que perdió el puro.

Capítulo XI

SUSIE Neal, que ahora sí se estaba fijando bien en Jennifer Carmody, con la que se estaba comparando mentalmente, murmuró:

—Secretaria del señor Gray...

—Es cierto, lo fui —dijo Jennifer.

—¿Podemos pasar, guapa? —preguntó Tony Bryant.

—Adelante —autorizó la morenita, haciéndose a un lado.

Tony y Jennifer entraron en el despacho y sorprendieron a Norman recogiendo del suelo el cigarro que había perdido al respingar con fuerza.

—Buenos días, señor Gray —saludó el policía.

Norman se levantó del sillón e hizo una muda indicación a Susie, que salió inmediatamente del despacho, cerrando la puerta. Después, el director-gerente miró a Tony y dijo:

—A usted no tengo el gusto de conocerle, señor Bryant.

—Soy policía, señor Gray.

Norman respingó de nuevo.

—¿Policía...?

—Tengo la misión de proteger a Jennifer.

Norman miró a la joven, que seguía nerviosa, aunque no tanto como él.

—¿Proteger a Jennifer...?

—Sí.

—¿De quién?

—De tipos como Ton Acker.

Norman volvió a encararse con el policía.

—¿Quién es Tom Acker?

—¿No lo conoce usted, señor Gray?

—¿Por qué iba a conocerle?

—Era un matón. Y digo «era» porque ha muerto. Murió anoche, en el apartamento de Jennifer, sin haber podido realizar el «trabajo» que le habían encargado. ¿Sabe qué trabajo era ése, señor Gray...?

—No.

—En primer lugar, violar a Jennifer. Después, desfigurarle la cara con la punta de una navaja. Y probablemente el cuerpo, también. Le habrían pagado muy bien por cometer una canallada semejante.

Norman palideció.

—¿Quién pudo...?

—Desgraciadamente, Tom Acker murió sin haber revelado el nombre de la persona que contrató sus servicios. Pero, evidentemente, se trata de alguien que quiere vengarse de Jennifer. Alguien con dinero, porque le pagó a Tom Acker varios miles de dólares. Usted tiene dinero, señor Gray. Y tuvo, también, problemas con Jennifer.

—¿Yo?

—Jennifer me lo ha contado todo. Sé que le tocaba usted las piernas, que le palmeaba el trasero, que la pellizcaba, pese a las protestas de ella. Sé, también, que le propuso usted repetidas veces hacer el amor, a lo que Jennifer siempre se negó, viéndose obligada a dejar su empleo para no tener que seguir soportando sus toqueteos y sus atrevimientos, cada vez más audaces.

Norman no supo qué responder.

Ya no estaba pálido.

Ahora tenía la cara muy colorada.

Después de mover un par de veces sus gruesos labios, sin pronunciar palabra alguna, acertó a decir:

—Es cierto que me tomé algunas libertades con Jennifer, detective Bryant, no voy a negarlo. Ni que me hubiera gustado acostarme con ella, porque es una chica preciosa. Yo, por desgracia, tengo una esposa fea de cara y de cuerpo. Lo paso muy mal en la cama con ella, ya se lo puede suponer. Es por eso por lo que recurro a otras mujeres, jóvenes y hermosas. De ellas consigo lo que no puedo conseguir con mi esposa, con la que me casé sólo por dinero. Con todas las secretarías que tuve, antes de emplear a Jennifer, me tomé las mismas libertades que con ella. Y ninguna protestó, se lo aseguro. Yo me mostraba generoso con ellas, y ellas se mostraban cariñosas y complacientes conmigo. Con todas me acosté varias veces, pero sin obligarlas a ello. Jennifer no quiso, y dejó el empleo.

—Y a usted le sentó como un tiro, confíéselo —dijo Tony.

Norman se pasó la mano por la cara, muy nervioso.

—Me sentó mal que Jennifer me rechazara, es verdad, porque no estaba acostumbrado a recibir negativas de las mujeres que tenía a mis órdenes, sino más bien facilidades. Sin embargo, de eso a contratar los servicios de un matón para que violara y desfigurara a Jennifer, media un abismo. Yo no pagué a nadie para que hiciera semejante cosa. No deseo vengarme de Jennifer, detective Bryant. Es una buena chica. Y yo no soy un canalla. Jennifer Carmody intervino:

—Creo que dice la verdad, Tony.

—Yo no estoy tan seguro —rezongó el policía.

—Le juro que yo no contraté a ese hombre, detective Bryant —

habló de nuevo Norman—, Jamás haría una cosa así.

Tony le apuntó con el dedo.

—Lo averiguaré, señor Gray. Y si contrató usted a Tom Acker, lo pagará con bastantes años de cárcel.

Norman tuvo un claro estremecimiento, al tiempo que perdía de nuevo el color.

—Le repito que yo no haría jamás una cosa así, detective Bryant.

Tony cogió del brazo a Jennifer.

—Vámonos —dijo, y la llevó hacia la puerta.

* * *

Susie Neal tenía el oído pegado a la puerta del despacho de Norman Gray. Era una chica muy curiosa y se había enterado de todo.

Lo que estuvo a punto de pasarle a Jennifer Carmody, la noche anterior, había hecho que se le erizara el vello.

Susie, naturalmente, se preguntaba si Norman Gray había contratado a Tom Acker o era inocente, tal y como él afirmaba.

Ella pensaba que Norman decía la verdad, pero...

Como había oído que el detective Bryant y Jennifer Carmody se disponían ya a abandonar el despacho de Norman Gray, Susie se apartó rápidamente de la puerta y se colocó detrás de su mesa, sentándose en su silla.

Justo cuando su prieto trasero tomaba contacto con el asiento, la puerta se abrió y Tony y Jennifer salían del despacho.

Susie se irguió al instante.

—¿Se marchan ya...? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí —respondió el policía—. Pero, antes, me gustaría hacerle una pregunta.

—Las que quiera, señor Bryant.

—Primero dígame cómo se llama.

—Susie Neal.

—Soy policía, Susie. Y lo que quiero preguntarle es si ha visto por aquí a un tipo alto, fornido, de facciones duras, bastante desagradables, y unos treinta años de edad. Se llamaba Tom Acker, pero quizá se presen tara con otro nombre.

La morenita movió la cabeza.

—En las casi dos semanas que llevo trabajando aquí, no he visto a nadie así.

—Gracias, Susie.

—A su disposición, detective Bryant.

—Nos volveremos a ver —sonrió el policía, y él y Jennifer se

marcharon.

* * *

Norman Gray se había vuelto a sentar en su sillón.

Más que sentado, se hallaba hundido en él.

Todavía no había recobrado el color, y aunque se había llevado de nuevo el cigarro a la boca, no podía fumarlo, porque se le había apagado.

Norman, sin embargo, no parecía darse cuenta de que el puro no echaba humo. El seguía en su despacho, pero su pensamiento estaba muy lejos de allí.

De pronto, la puerta se abrió y Susie Neal entró en el despacho.

Norman ni siquiera la miró.

La secretaria se acercó a la mesa, la rodeó, y acarició suavemente el rostro del director— gerente.

—¿Continuamos, señor Gray...?

—¿Qué?

—Nos interrumpieron cuando yo iba a abrirme la blusa, ¿recuerda?

—Sí.

—¿Me la abro ahora?

—No, déjalo.

—¿Ya no desea ver mis pechos, señor Gray...?

—Sí, pero más tarde. Ahora tengo la mente ocupada en otras cosas.

—¿Está pensando en Jennifer Carmody...?

—Sí.

—Es una chica muy atractiva, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Le gustaba más que yo...?

—No me agradan las comparaciones.

—¿Por qué se marchó?

—Es una estrecha.

Susie sonrió atrevidamente.

—Conmigo no tendrá ese problema, señor Gray.

—Lo sé.

—Me ofreció un aumento de cien dólares por abrirme la blusa, pero lo voy a hacer por menos. Hasta gratis, si quiere —dijo la secretaria, que ya se estaba desabrochando la blusa.

Norman no la detuvo y la morenita le mostró sus rotundos senos.

—¿Me quedo o me voy, señor Gray...? —preguntó con lasciva

sonrisa.

—Quédate, Susie, quédate —murmuró el director-gerente, quitándose el puro de la boca.

* * *

Tony Bryant y Jennifer Carmody acababan de introducirse en el coche del primero. Antes de que el policía lo pusiera en marcha, la muchacha preguntó:

—¿Qué impresión te ha causado Norman Gray, Tony?

—No muy buena, la verdad —respondió el detective.

—¿Crees que él contrató a Tom Acker?

—Apostaría a que sí.

—Me temo que perderías.

—Lo sabremos cuando atrape al próximo matón.

Jennifer respingó.

—¿Estás seguro de que será contratado otro...?

—No me cabe la menor duda, tanto si es cosa de Norman Gray como si no.

—Si fuera cosa de Norman Gray, olvidaría el asunto, ahora que sabe que tú sospechas de él.

—Te equivocas, Jennifer. Precisamente por eso, porque sabe que sospecho de él, intentará acabar contigo y conmigo.

La muchacha se estremeció visiblemente.

—¿Acabar, dices...?

—Sí, con los dos. Sólo así podrá sentirse seguro, si realmente fue él quien contrató a Tom Acker. No puedo quedarme cruzado de brazos, esperando que yo encuentre alguna prueba que demuestre su culpabilidad.

—Si estás en lo cierto, estoy en más peligro que antes... ¡Los dos lo estamos!

Tony le rodeó los hombros con su brazo derecho.

—¿No confías en mí, Jennifer?

—Sabes que sí.

—Entonces, no debes tener miedo. Cuando aparezca el nuevo matón, lo cazaré y nos dirá quién lo contrató. Lo cazaré, claro, si tú no te dejas ver otra vez con ese camisoncito transparente y me distraes de nuevo... —sonrió el policía.

Jennifer sonrió también.

—No lo haré, descuida.

Tony la besó y después puso el coche en movimiento.

Capítulo XII

JERRY Dobson no había ido a trabajar aquella mañana.

El capitán Lowell, informado de lo que había ocurrido la noche pasada en el apartamento de Jennifer Carmody, le había concedido un día de descanso, para que acabara de recuperarse del fuerte golpe que recibiera en la cabeza.

Por la tarde, Tony Bryant fue a visitarle, acompañado de Jennifer. Jerry se alegró mucho.

—¡Bryant! ¡Jennifer!

—¿Cómo te encuentras, Dobson? —preguntó Tony, mientras estrechaba la mano de su compañero.

—Bien, apenas me duele ya la cabeza. Mañana me sentiré perfectamente —respondió Jerry.

—Lo celebro de veras.

—Yo también, Dobson —dijo Jennifer.

—Gracias a los dos.

Jerry los hizo pasar al living, en donde se sentaron los tres.

Tony y Jennifer, en el sofá, y Jerry, en un sillón.

—¿Qué tal lleva Bryant el caso, Jennifer? —preguntó Jerry.

—Muy bien.

—¿Ha tenido que recurrir usted a la cuchilla de picar carne...?

—Todavía no.

—Pero la tiene a mano, ¿verdad?

—Desde luego.

—Hace bien, porque más pronto o más tarde, el bribón de Bryant intentará propasarse. Tony levantó el puño.

—Ten cuidado con lo que dices, Dobson, porque hoy ya te puedo sacudir.

—¡Todavía estoy de baja! —recordó Jerry, riendo.

Jennifer rió también y Tony acabó imitándoles.

Charlaron un rato más.

Después, Tony y Jennifer se despidieron de Jerry Dobson, abandonaron el apartamento, y descendieron por la escalera, alcanzando la calle.

El coche del policía estaba estacionado frente al portal.

Tony y Jennifer caminaban ya hacia él, cuando, de repente, un

tipo asomó por la ventanilla de un Dodge oscuro, detenido a unos quince metros.

El individuo esgrimía una pistola automática, provista de silenciador. Apuntó al policía y a la muchacha, y empezó a disparar, decidido a acabar con los dos.

* * *

Fue una suerte que Tony Bryant descubriera a tiempo al asesino que se hallaba en el interior del Dodge oscuro, porque ello le permitió empujar velozmente a Jennifer

Carmody.

La hizo caer al suelo.

El policía cayó también, junto a ella, y la protegió con su cuerpo.

Las balas enviadas por el asesino pasaron por encima de ellos, silbando sordamente.

El tipo se maldijo a sí mismo, por haber sido descubierto antes de darle al gatillo, y optó por largarse a toda prisa de allí, antes de que el detective empuñara su arma y respondiera al fuego.

Tony, en efecto, extrajo su revólver.

Cuando apuntó al Dodge, éste salía ya disparado.

El policía apretó el gatillo un par de veces, confiando en agujerear alguno de los neumáticos, pero la distancia era ya mucha y no lo consiguió.

Tony rezongó una maldición y se irguió de un salto.

—¡Arriba, Jennifer!

La muchacha se incorporó, ayudada por el policía.

—¡Al coche, rápido! —indicó Tony, empujándola—. ¡Tenemos que alcanzar al tipo!

Se introdujeron en el automóvil del detective, éste puso el motor en marcha, y se lanzó en persecución del Dodge oscuro.

¡Y cómo se lanzó!

Parecía que pilotaba un bólido de Fórmula-1.

Jennifer, que todavía no se había repuesto del susto que se había llevado con lo de las balas, sintió que se le volvían a poner los pelos de punta.

—¡No corras tanto. Tony! —pidió, fuertemente agarrada al asiento.

—¡Es la única manera de alcanzar al tipo que nos disparó!

—¡Nos vamos a estrellar!

—¡Soy un buen conductor, no temas!

—¡Me veo ya en el cementerio!

—¿En el mismo ataúd que yo?

—¡No, en el de al lado!

—¡Pediremos que se comuniquen!

—¿Para qué?

—¡Quiero visitarte por las noches!

—¡Estás loco!

—¡Por ti, Jennifer!

—¡Cuidado, Tony...! —chilló la muchacha, al ver que se cruzaba un camión de mudanzas.

El choque parecía inevitable, por lo que Jennifer se veía ya empotrada debajo del camión, con la cabeza deshecha. Se protegió con los brazos y cerró apretadamente los ojos.

Por eso no vio la increíble maniobra que realizó Tony, desviando el coche hacia la izquierda. Lo subió a la acera, porque era la única manera de evitar la colisión, y lo bajó algunos metros más allá, no sin antes derribar un buzón de correos.

Jennifer abrió los ojos.

—¿Dónde está el camión de mudanzas...?

—¡Quedó atrás!

—¿Pasamos por debajo de él o saltamos por encima?

El policía rió.

—¡Ni lo uno ni lo otro!

—¡Dios mío, conduces como un verdadero demente! —exclamó la muchacha, aterrada, porque el accidente parecía que iba a sobrevenir de un instante a otro.

Sin embargo, Tony continuó sorteando obstáculos con extraordinaria pericia y acortando la distancia que les separaba del Dodge oscuro.

El asesino también conducía su coche con evidente riesgo, pero era un buen piloto y sorteaba igualmente los obstáculos. Lo que no podía conseguir, a pesar de sus esfuerzos, era perder de vista al coche perseguidor.

El tipo decidió sacar su coche de la ciudad.

Y lo sacó, pero con el coche del policía siguiéndole como un perro de presa.

El asesino masculló una maldición.

No sabía cómo librarse del policía.

Tony manejó el volante con una sola mano y con la otra empuñó su revólver.

Tenía el Dodge a tiro.

Y esta vez estaba decidido a agujerear uno de sus neumáticos.

El policía sacó su arma por la ventanilla.

Al verle conducir con una sola mano, Jennifer se estremeció de pánico.

—¡Ahora sí que nos la pegamos!

Tony apuntó a una de las ruedas delanteras del Dodge y efectuó tres disparos seguidos. alguna de las balas debió perforar el neumático, porque el coche del asesino se descontroló, se salió de la carretera, y se estrelló contra un árbol.

Capítulo XIII

TONY Bryant detuvo su coche en la carretera.

Mientras recargaba su arma, indicó:

—Espera aquí, Jennifer.

—¡Ten mucho cuidado, Tony! —rogó la muchacha, cogiéndole del brazo.

—No temas. Lo más probable es que el tipo haya perdido el conocimiento. El impacto ha sido muy duro.

—No te confíes, por si acaso.

—¿Por qué crees que estoy recargando mi revólver? —repuso el policía—. Si el asesino no ha perdido el sentido, tendré que utilizarlo.

—Ojalá se haya roto la cabeza.

—No, porque entonces no podría decirme quién lo contrató para que nos eliminara a los dos.

—Tienes razón.

Tony salió del coche, con precaución, y caminó hacia el Dodge.

El asesino no había salido de él.

¿Habría quedado inconsciente...?

¿Le estaría esperando, con su automática empuñada...?

Tony, con mucha cautela, alcanzó el coche y miró por la ventanilla.

El asesino yacía en el asiento delantero.

Tenía los ojos cerrados.

Y sangre en la cara.

Sus dos manos estaban a la vista y no empuñaba arma alguna.

El tipo, estaba claro, había perdido el conocimiento en el violento choque.

¿O habría perdido algo más que el conocimiento...?

Tony abrió la portezuela, para comprobar si el individuo seguía con vida o era ya cadáver.

Por fortuna, seguía vivo.

Sólo estaba inconsciente.

Tony lo sacó del coche y lo dejó tendido en el suelo, boca abajo.

Le colocó las esposas y luego le dio la vuelta.

La pistola automática yacía en el piso del Dodge, pero, por si el asesino llevaba más armas, el policía lo registró. No encontró más

pistolas, pero sí una navaja.

Jennifer, desde el interior del coche, veía lo que hacía Tony.

Como parecía que no había peligro ya, la muchacha preguntó:

—¿Puedo acercarme, Tony?

—¡Sí! —respondió el detective.

Jennifer salió del coche y corrió hacia donde yacía, sin conocimiento, el asesino.

—Lo hemos atrapado, Jennifer —dijo Tony—, Y con vida. En cuanto se despierte, nos dirá quién le pagó para que nos liquidara.

—¿Cómo se llama el tipo?

—Freddie Hopper —respondió el policía, que estaba revisando la cartera del asesino.

—Sea quien sea la persona que quiere eliminarnos, no ha perdido el tiempo.

—Es Norman Gray.

—¿Estás seguro, Tony?

—¿Quieres apostar una noche de amor?

—¿Contigo?

—¡Toma, no va a ser con el asesino!

Jennifer rió.

—De acuerdo, acepto.

—Ya me veo en tu cama, pues.

—El asesino todavía no ha confesado.

—Pero confesará. Y nos dirá que Norman Gray lo contrató. Y tendrás que acostarte conmigo.

—Bueno, no creo que eso sea tan malo —sonrió Jennifer, con pícaro gesto.

—Te aseguro que no —respondió Tony, pasándole el brazo por la cintura y besándola en los labios.

* * *

Susie Neal entró en el despacho del director-gerente. Norman Gray estaba sentado en su sillón y fumaba nerviosamente un cigarro.

—¿Te marchas ya, Susie? —preguntó.

—Es la hora, señor Gray. Pero puedo quedarme un rato con usted, si lo desea —sugirió la secretaria. —Te lo agradezco, pero prefiero estar solo.

—¿Sigue pensando en Jennifer Carmody...?

—No.

—Yo diría que sí.

—Márchate, Susie.

—De acuerdo, señor Gray. ¿Puedo darle un beso de despedida...?

—Claro.

La morenita se acercó, rodeó la mesa, y se sentó en las rodillas del director gerente. —Verá qué beso le doy, señor Gray —dijo, pasándole los brazos por el cuello.

—¿Por cuánto de aumento al mes? —preguntó Norman, posando su mano sobre los suaves muslos de su secretaria.

—Por nada, hombre. Se lo doy porque me apetece —mintió Susie, y le besó de una forma que...

Norman sintió que se excitaba y deslizó su mano por los muslos de su secretaria, buscando su intimidad.

Y la hubiera encontrado, seguro, porque la zorrita de Susie estaba decidida a darle toda clase de facilidades.

La culpa de que Norman no siguiera adelante, la tuvo Tony Bryant, que abrió la puerta sin molestarse en llamar y penetró en el despacho, seguido de Jennifer Carmody.

—Siento interrumpirle, señor Gray —carraspeó el policía.

Norman respingó y retiró inmediatamente su mano de debajo de la faldita de su secretaria. Susie, por su parte, se apresuró a levantarse de las rodillas del director— gerente.

—Hasta mañana, señor Gray —dijo, y abandonó rápidamente el despacho, cerrando la puerta.

Jennifer sonrió irónicamente.

—Con Susie no tiene problemas, ¿eh, señor Gray?

—No es tan estrecha como tú —rezongó Norman.

—Yo no soy estrecha. Pero no sirvo para prostituta disfrazada de secretaria —replicó Jennifer.

Norman desvió la mirada y la posó en el policía.

—¿Por qué han vuelto, Bryant?

—Entre otras cosas para comunicarle que Freddie Hopper ha fracasado también.

—¿Quién es Freddie Hopper? —preguntó Norman, sin poder evitar que el color huyera de sus mejillas.

—Un asesino a sueldo. Le pagaron para que acabara con Jennifer y conmigo, pero falló. Tuvo más suerte que Tom Acker, sin embargo, porque logré atraparlo con vida.

—¿Lo ha capturado...?

—Sí, señor Gray.

—¿Y dijo quién le contrató...?

—Naturalmente.

Norman, pálido ya como un difunto, preguntó:

—¿Quién fue?

—Usted, señor Gray.

* * *

Norman Gray hizo lo que menos se esperaban Tony Bryant y Jennifer Carmody, ya que se derrumbó literalmente sobre la mesa y rompió en sollozos.

Tony y Jennifer cambiaron una mirada.

Ninguno de los dos sospechaba que los sollozos del director-gerente eran fingidos, que se trataba de una artimaña para poder abrir disimuladamente el cajón superior de la mesa y empuñar la pistola que guardaba allí.

—¿Son lágrimas de arrepentimiento o de cocodrilo, señor Gray...? —preguntó el policía.

—¡Estoy arrepentido, lo juro! —respondió Norman, sin levantar la cabeza.

Estaba abriendo ya el cajón.

Lenta y silenciosamente.

—Su arrepentimiento llega tarde, señor Gray —dijo Tony.

—¡Lo sé, lo sé! —siguió sollozando Norman.

Podía meter ya la mano en el cajón.

Lo hizo, con mucho disimulo, y tomó la pistola.

—La cárcel le espera, señor Gray —añadió Tony.

—¡Ya vosotros la muerte! —rugió de pronto Norman, irguiéndose y sacando el arma del cajón.

—¡Cuidado, Jennifer! —gritó el policía, derribando a la muchacha de un empujón. Norman le disparó.

Tony esquivó el proyectil arrojándose al suelo.

Pero no se limitó a eso.

Por el aire, mientras caía, extrajo su arma.

Norman efectuó un segundo disparo, pero tampoco alcanzó al policía.

Tony puso en marcha dos balas, prácticamente sin apuntar, pero como tenía experiencia, le alojó ambos plomos en el pecho al director-gerente de la empresa de cosméticos.

Norman Gray lanzó un grito agónico y cayó al suelo, donde quedó inmóvil, perdiendo mucha sangre por las heridas.

Igual daba que perdiera mucha o poca, porque era ya prácticamente cadáver, pues uno de los proyectiles le había tocado el corazón.

Cuando Tony se incorporó y le tocó el cuello, comprobó que Norman estaba muerto.

EPILOGO

AQUELLA noche, Tony Bryant cenó en el apartamento de Jennifer Carmody. Cuando terminaron, y mientras tomaban café, el policía dijo:

—Pienso quedarme, ¿sabes?

—¿En mi apartamento?

—Sí.

—Ya no necesito protección, Tony —recordó la joven—, Mis apuros han terminado.

—¿Has olvidado la apuesta que hicimos poco antes de que Freddie Hopper confesara...?

—¿Te refieres a la noche de amor?

—Exacto.

—Debimos apostar una noche de placer, porque si la pareja no se ama, no se puede hablar de una noche de amor...

El policía la rodeó con sus brazos.

—Yo sabía lo que me decía, Jennifer. Será una noche de amor, porque yo te quiero y estoy seguro de que tú me correspondes.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo leo en tus ojos. Igual que tú puedes leerlo en los míos.

Se besaron. Después, Jennifer confesó:

—Es cierto que te quiero, Tony. Anoche ya lo sabía y estuve a punto de permitir que te acostaras conmigo, pero no lo hice porque quería estar segura de que tú sentías lo mismo por mí.

—Te dije que tú no serías una rosca más, Jennifer.

—Y yo te creí.

—¿Qué te parece si te vas poniendo el camisoncito amarillo...? —sugirió el policía.

—¿Cuánto me va a durar puesto? —preguntó la muchacha, con maliciosa expresión. —Muy poco —respondió Tony.

—Entonces, no vale la pena. Me quito lo que llevo y a la cama.

—¡Tienes mucha razón! —exclamó el policía, riendo, y la besó de nuevo.

Jennifer le devolvió el beso.

Ese, y todos los que recibió a lo largo de la noche, que fueron muchos, porque dormir, lo que se dice dormir, nada.

Habían apostado una noche de amor.
Y una noche de amor tuvieron.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España